

DAVID SANCHEZ JULIAO

historias de

raça  
man  
diaca

rt  
ti

HISTORIAS DE  
RACA MANDACA

DAVID SANCHEZ JULIAO

Chuchurubí, octubre de 1973

Doctor,  
Hernán Vallejo Mejía.  
Ministro de Agricultura,  
Bogotá.

Señor ministro:

Ese individuo que está en este momento ahí parado frente a usted en su oficina de Bogotá se llama Julio Velázquez, y es uno de nosotros los de Chuchurubí. Esa vereda campesina que anda enfrascada en el dolor de cabeza más grande de su historia: el encarcelamiento de doce de sus hijos y la falta de tierra. Solamente, nada más.

Pues, señor ministro, los vecinos de ese callejón largo como su nombre que es Chuchurubí, nos hemos reunido con el propósito de sangrarnos los bolsillos

con una cuota de diez pesos para que Julio pudiera viajar a Bogotá a entregarle esta carta personalmente. Ahí lo tiene entregándosela. El sabe y vivió todos los sufrimientos que parieron este papel que ahora escribimos. Si algún dato le queda vago, como en media noche, estamos seguros de que él se lo aclarará.

Pero vamos por partes:

San José de Chuchurubí queda en el departamento de Córdoba. Y en el caso de que un ministro de Agricultura se aventurara a venir hasta acá a ver con sus propios ojos qué es lo que pasa, es muy simple lo que tendría que hacer: tomar un avión en Bogotá para estar aterrizando en Montería a las dos horas y pedirle a un carro de plaza que lo lleve a Cereté, ese pueblo que queda a dos leguas nada más del aeropuerto. Entrando a Cereté en la bomba de la Esso que se levanta ahí en donde la carretera se abre de brazos, uno que coge para Sincelejo y otro que arranca para Lórica y el mar de Coveñas, se para y pregunta: "¿Por dónde se va para Chuchurubí?". Y ahí le van a decir: "Siga por la carretera esa que va para el mar, pase el puente grande que hizo Rojaspinilla, y cuando sienta que está saliendo de un pueblo al que no se ha entrado, empiece a poner atención que está llegando a la embocada que se sale en escuadra de la vía y que va para

Chuchurubí y las tierras que está reclamando la gente pobre de por aquí". Eso le van a decir. Eso es lo que dicen siempre dicen porque todo mundo sabe del problema.

Hasta aquí vamos bien, y creemos, señor ministro, que ya sabe por dónde es que las cosas pasan.

Hace tres días con sus noches nos reunimos los hombres, las mujeres y los niños de Chuchurubí y dijimos: bueno, se va uno de nosotros a hablar con el ministro a Bogotá; y en seguida, fíjese toda esa partida de arrancados que somos, fue sacando un billete del bolsillo para echarlo al sombrero que se pasó. Llegado el momento de decidir quién se iba, todos votamos por Julio y él aceptó sin ponerle peros al asunto. Julio Velázquez va a viajar. Se emparapetará con lo que pueda, un saco que le prestarán por aquí y unos zapatos que conseguirá por allá, le sacudirá el polvo al sombrero y arrancará a pie mañana madrugado con la carta en el bolsillo. No sabemos cómo le irá a ir, pero si usted está leyendo la carta en estos momentos, es que le ha ido bien, mejor de lo que se pensaba.

Mientras tanto, aquí estamos todos, si usted nos viera, con los codos en redondo sobre una mesa vieja en la que un amigo pasa y pasa hojas escribiéndolas, como

fabricando una carta que resulta siendo hija de todas las cabezas, porque todo el mundo habla, opina, tacha, manda. Ahí va saliendo poquito a poco, con frases hechas de tres frasecitas ligadas. Cada uno va poniendo en ella lo que cada cual por sí mismo ha ido aprendiendo en la vida, que no es mucho ni sumado. No vamos a negar que un amigo nos está ayudando. ¿Para qué? Es un escritor que se presentó por aquí la semana pasada a hacer unas averiguaciones sobre brujas, espantos, animes y aparecidos, porque estaba escribiendo un libro. Antes de que se fuera le pedimos que nos ayudara con la carta, él dijo que sí y puso la fecha; fue lo único de él. De ahí para adelante las letras se nos empezaron a salir de la boca para ir a parar al papel, y al fin de cuentas Chuchurubí terminó escribiendo lo que ahora se escribe.

Denos otro permisito, señor ministro, para dar otro rodeo antes de entrar por la puerta grande del problema. Perdone usted. Pero es que queremos hablarle un poco de las penalidades y apuros que venimos cargando en esta condenada vida matadora desde los tiempos en que la memoria de los tatarabuelos se enreda y empelota de lo oscura; mejor dicho, desde que el tiempo es tiempo. Oiga:

Uno nunca se ha sentado a la mesa a comerse un plato de comida lleno, legal.

Como debe ser un plato, de esos que salen en la revistas de color y en los avisos. Nunca. Aquí el hambre es como una goma pegajosa que se planta en la cuna y que después de la muerte sigue aún amarrada a los huesos. Como lo oye: aquí el hambre es tan rica, ancha y fértil como la tierra ajena. Hambre y tierra por estos rumbos son un par de males que siempre han estado bien balanceados aunque mal repartidos: ambos abundan en cantidades. Y cuando la comida no llega a las ollas es porque hay trabas en el camino, de la raíz enterrada de las plantas a los tizones del fogón. Entre la tierra física y el hambre del estómago hay algo que se interpone atracando el mundo, y entonces ¿dónde está el mal?, nos preguntamos. ¿Estará en ese algo que traba las cosas, que las reconstraba?

A nosotros al principio se nos hacía de lo más natural, y tan como mandado por Dios Nuestro Señor, que nos estuviéramos muriendo de hambre mientras más allá del patio de los ranchos vivía un ganado que abundaba más que la maleza y que era del mismo señor que también era el dueño de toda la tierra que se puede divisar desde el copito de un palo de coco. Era natural. Pero uno de pronto despierta. Y se le arma el lío en la cabeza. Y tiene que empezar a hacer como ataditos de pensamientos nuevos, más

frescos, mas que tengan que ver con las cosas tal y como son, tal y como pasan.

Entonces, para romper ese cáñamo amarrado en redondo por las puntas que es la vida del campesino, sin salida, como una vuelta que se revuelve y se revuelve, pues decide uno sacarle por algún lado una colita que coja para los rumbos del mundo de colores que ustedes pintan en las novelas de los radios. Y se aventura. A jugárselas todas de un totazo: ahí, yéndole los restos a un solo número de la lotería.

Y, bueno:

Aquí queríamos llegar, señor ministro. Para que entienda usted por qué fue que fuimos a reclamar un pedacito de tierra de los aluviones del río que se andaban repartiendo por aquí cerca de Chuchurubí.

Los aluviones. Echele la culpa a ellos, si quiere. Echele la culpa al río, pues, que hace un pocotón de años cambió su cauce por allá arriba de pronto y sin dar aviso, y siguió corriendo por un rinconcito de su lecho, dejando un playoncito estrecho como un fajón entre lo que era su vieja orilla y la nueva. Vamos a culparlo a él, porque el río, quién sabe, no tiene conciencia campesina.



“... Cuando ya el arroz nuevo estaba ensortijando y el maíz había empezado a espigar, llegó la máquina de nuevo y volvió a pasar por encima de los campos verdes, seguida de una procesion de policetas. Ya no pudimos más: el dolor se nos vino al machete y a las manos pero no hicimos nada incorrecto. Lo único que pudimos hacer fue pararnos en cadena a no dejar pasar ese monstruo con motor...”

Los aluviones, esas eran unas tierras de nadie, unas tierras que se fueron plagando poco a poco de gramalotes y zarzales, y en donde vivía desde alacrán y culebra hasta jején y tigre. Cuando al río se le secó su medio cuerpo, esos pedazos de terreno salvaje pasaron por gracia no sabemos de quién, a ser propiedad de los que recostaban sus fincas contra la orilla. Y como uno nunca ha tenido ni fincas ni nada, pues nada nos tocó. Así, sin quien desmembrara esos rastros, se fueron poniendo a la par de la tanta tierra menuda que abunda por estos lados: empelotados de yerbazales, abultados de monte, retachados de maleza, endemoniados de animales ociosos.

Un día por allá arriba, a un señor de finca grande se le dio por repartir un pedazo de esas tierras de aluvión entre cuatro de sus empleados. Fue un premio que él resolvió darle a sus mozos no sabemos por qué; quizá porque los pobres se habían ido acostumbrando a la mala maña de no quejarse jamás. Total que la repartición se hizo y por ahí empezó todo. Esa es, señor ministro, la cabeza de la culebra de que tanto hablamos.

Nosotros los de Chuchurubí nos botamos donde los favorecidos a pedirles que por caridad nos dieran una participación en las tierras para levantar unas matikas. Pero se trató de armar la discusión

cuando ellos nos dijeron que había más aluviones arriba, que buscáramos. Por eso fue que al otro día nos metimos a la oficina del alcalde de Cereté para ver si el gobierno quería hacer algo por el estilo con nosotros. El alcalde lo que hizo fue meternos por la puerta de un calvario que, se puede decir, apenas está empezando de acabar con la escritura de esta carta.

El nos mandó al INCORA, para que la misma Reforma Agraria averiguara la existencia de los otros aluviones, y resultó que sí había. A sabiendas de esto, nos avisamos en seguida y tronchamos unas parcelitas aluvión arriba de doce palos de ancho, como un cuarterón de hectárea. Nada más. Eso bastaba para comer como gente algún día.

Y ahí fue cuando el administrador de la finca del señor rico con quien nos ganamos el problema de tres cabezas que está pariendo esta carta, le avisó al dueño la falsedad de que nosotros le habíamos invadido sus tierras de propiedad. Embuste: nosotros estábamos era combatiéndonos con gramalote y zarzal, y exponiéndole el dedo gordo a las culebras de lo tupido que aquello estaba.

Con esto el problema se multiplicó por tres; dejó de ser problema para pasar a ser triplé. Porque el dueño de los te-

rrenos, dueño dice él, llegó al día siguiente con un camión de policías, embarcó a once de nosotros como carga y nos llevó a la alcaldía y después a la cárcel. No vamos a decir que no: nos soltaron muy pronto, pero primero nos aconsejaron con consejos filudos de esos que dan miedo, que se llaman así para disfrazarlos de bien, pero que por debajo de la capucha son más bien amenazas. Pero el hambre, señor ministro, como que derrite el miedo.

Eso fue apenas por allá en mayo del setenta y uno, y tan lejos que se ve. Parece que los días bien vividos y bien luchados se alargan en el recuerdo, se estiran, hasta que fabrican un tiempo largo y como un zumbido de lo profundo.

Allá a la cárcel fue a vernos el presidente de la **Asociación de Usuarios Campesinos** de Cereté, y nos habló en la oscuridad de los calabozos durante un rato. Habló bien aquel señor; hoy vemos que sus palabras hicieron mella en nuestras conciencias. Le juramos que fue la primera vez que oímos de algo que se llamara así, **Asociación de Usuarios Campesinos**. Sonó a bonito y a imposible lo que ese señor nos explicó. Tanto, que a los pocos días ya andábamos en pos de organizarnos en un comité de Chuchurubí que al fin se instaló el 4 de julio de ese mismo año, setenta y uno. Corrimos por los

montes vecinos la voz de que ese día nos íbamos a reunir para la instalación y la gente empezó a llegar en carrilera, casi como hormigas, solo por la curiosidad de saber lo que aquello era.

Pero para saber lo que aquello era, hicieron falta cuatro meses de todo: de reuniones, discusiones, y hasta de decepciones hondas de esas que dejan huella y nublan los ojos. Con la ayuda de campesinos de veredas viejas y organizadas, ya foguiadas en estos trajines, organizamos tómbolas y bazares para recoger algunos pesos, y cursillos y reuniones para descubrir por fin qué era lo que nosotros éramos.

Cuando en esas andábamos, nos enteramos de lo que nos enteramos: de que por ahí cerquita, a unas cuantas cuartas de las espaldas de nuestras hambres, el INCORA le estaba metiendo un pleito a unas tierras de nadie. Y que esas tierras amenazadas de Reforma Agraria estaban a un costado del corazón de la finca de aquel señor que nos cargó como a burros en un camión para Cereté, entre escopetas y policías. Pensamos que si el INCORA estaba emprocesando esas tierras era para repartírselas a los pobres. Entonces, para ayudarle al INCORA y al gobierno a resolver el problema, nos metimos a la tierra por propia voluntad; de paso, claro, hacíamos algo por solucionar



el hambre de Chuchurubí que ya como pueblo y como gente tenía la barriga pegada al espinazo.

Eso no es mentira, señor ministro: busque usted allá en sus papeles y verá que es verdad. Busque bien en su oficina y verá que sí existe una resolución del INCORA, la número 0530 del 28 de mayo de 1966, que dice claramente que las tierras a donde nosotros entramos habían sido declaradas baldías. **La Ciénaga de Bilche** se llama eso a donde nosotros nos metimos por primera vez al amanecer de un día de octubre de mil novecientos setenta, y que son tierras nuestras.

Porque, vamos a ver el caso:

Cuando las tierras no son de nadie, son de **la Nación**, dicen ustedes. Y **la Nación** somos nosotros, no se puede negar. Así que son nuestras. Si hay tierras de **la Nación** a una cuarta de las espaldas del hambre de Chuchurubí, en ese caso **la Nación** es Chuchurubí.

A los tres días de habernos metido a la tierra, no a los aluviones, sino a la tierra en firme, se nos vino encima la policía. Los dos carabineros que se presentaron por la mañana llegaron acompañados por los administradores. Y de nuevo las consejas: que nos saliéramos, que buscáramos lo que no se nos había

perdido, que estábamos jugando con candela viva. Les oímos todo lo que habían venido a decir, las manos quietas, la boca cerrada y los ojos sin espabilar. Al poco rato los vimos irse con sus malas caras y sus escopetas filudas a otra parte. Pensamos que había sido suficiente, que no se aparecerían una segunda vez pero qué va, se aparecieron al otro día y multiplicados por diez con las mismas razones: que aquello no era ciénaga, que nos saliéramos, que estábamos ocupando tierra ajena. Se acostumbraron a venir dos veces por semana con los mismos mandados: que viéramos bien lo que hacíamos, hasta cárcel podríamos llevar; y se iban.

Nosotros los de Chuchurubí nos manteníamos descarriados paja adentro, trabajando como ganado derrotado, regados por un lado y otro, pringando la maleza de machetes. A la voz de que ellos traían rumbo para allá, nos empezábamos a juntar poco a poco hasta que éramos una sola torta de gente en un clarito de monte. Todo aquello nada más que para esperarlos, no fuera y a alguien de nosotros le fuera a pasar algo indebido por estar alejado. Los niños se encargaban de campanear los uniformes verdes desde las copas de los árboles, encaramados como quien está pajareando. Cuando la policía medio asomaba la cabeza a la entrada misma del callejón largo del pueblo, las vocesitas chillonas de los muchachos co-

rrían de palo a palo a todo lo que camina el encercado, hasta que llegaban a los oídos de los primeros que macheteaban a la entrada de los terrenos. La muchachera parecía a veces una recua de micos prietos montunos, de esos que se alborotan en un sordo tropelín cuando sienten gente en la montaña, y que rugen como un tigre haciendo siesta. Así era aquello. Pero cuando la policía entraba al camino mismo, la muchachera se aquietaba, acurrucándose horqueteados en los copos ramosos de los árboles que no se les oía ni el respiro. Desde allá arriba veían todo lo que a nosotros se nos venía encima.

Con esa problemisa pegada a las espaldas se vivieron muchos meses de desvelos y sofocos en esa invasión. Los nervios se fueron acostumbando a enrizársenos como con obsesión, porque la situación llegó hasta que viéramos en cada mata de plátano un uniforme y en cada palo seco que salía del camino, una bayoneta. Con todo y todo, en las pajas y rastros el machete y la macana iba y venía, zumbaba y rechinaba. Se trataba de un pueblo con ganas de matar de una vez para siempre un hambre vieja, historial, como dice Juancho Polo; un hambre almidonosa, de esas que secan la saliva y ensordecen el alma. Le podemos decir que aquella lucha era más bien contra ella y no contra los ricos y la policía. Era el hambre

y la esperanza de matarla lo que movía los machetes, no el odio, como se nos decía.

No era mucha la gente que andaba en esto. Catorce, contábamos solamente de hijos, los que íbamos todos los días al trabajo, los que empezamos y nos mantuvimos en los afanes. Para esos no hubo Navidad ni Año Nuevo. El tiempo fue una línea gorda, gruesa, igual, con una misma cara triste y mezquina de enero a enero.

Apenas bien entrado el otro año, cuando las siembras que habíamos levantado peligraron por tercera vez nos atrevimos a pedir ayuda a las únicas personas que podían dárnosla: los otros campesinos que tuvieron miedo de ser los del principio y los estudiantes de Cereté. Llegaron a ayudarnos a tapar una boca por donde el agua que le sobraba al río se metía hasta nuestros terrenos buscando tierras bajas arroceras. Fíjese usted: tanto estábamos nosotros en ciénagas, que con la menor creciente del caño, los sembrados peligraban con irse a pique. Total que el primero de mayo vino la gente que llamamos y pudimos tapar la boca con terrones, cabezotes de comején y palos secos. Era una bonita manera de festejar bien festejado el día del trabajo; pensamos que aquello decía mucho más que sacar los colegios a la calle.

Pero a los dos días otra cruz se nos vino encima, el mismo día de la Santa Cruz: tres de mayo. Y ella consistió en que el dueño de los terrenos del costado nos metió sus máquinas al sembrado ya casi al parir, nos rastrilló el trabajo de tantos días y los semilleros de tantos sudores. Todo echado a perder por las máquinas del progreso. Nosotros lloramos para adentro, como para no desalentar al vecino. Había que empezar otra vez, y requete empezamos.

Si nos pasaban todas estas cosas, ¿de dónde comíamos entonces? Eso mismo que usted se está preguntando en estos momentos, nos preguntamos nosotros hoy, y sólo una respuesta se nos viene a la boca: de milagro estamos vivos. Pero volvamos al caso:

Después de que se nos rastrilló la cosecha, y de que se nos maniató la esperanza de comer maíz blandito por unos meses, resolvieron dejarnos quietos mientras nos daban tiempo otra vez de levantar los sembrados y el ánimo. A los cuarenta y cinco días del rastrilleo, cuando ya el arroz nuevo estaba ensortijando y el maíz había empezado a espigar, llegó la máquina de nuevo y volvió a pasar por encima de los campos verdes, seguida de una procesión de policías. Cuarenta eran; los contamos uno por uno, a no ser que de tantas lágrimas se nos hubieran mul-

tipicado en la vista. Ya no pudimos más: el dolor se nos vino a los machetes y a las manos pero no hicimos nada incorrecto. Lo único que pudimos hacer fue pararnos en cadena frente a la última bolita de campo sembrado a no dejar pasar ese monstruo con motor. Allí fue cuando el teniente aquel a quien no volvimos a ver más nunca llegó y dijo: "Carajo, ¿y ésto qué es? Esto no es ya una invasión. Esto es una cosecha crecida. Paren la máquina, abajo las armas". Solo así pudimos salvar una parte del campo. Al teniente aquel lo desaparecieron en los días siguientes; tenía demasiado corazón y no convenía.

En vista de los atropellos hubo que organizar una guardia para cuidar los sembrados día y noche. En el centro mismo de nuestras siembras hay un palo de higo, una cosa inmensa: un árbol peludo y marañoso que se abre en la cabeza y que da sombra casi a un cuarterón de tierras. En él se encaramaba por la noche una patrulla de quince de nosotros, a matar mosquitos y a turnarse las pavas de tabaco. Dos grupos más casi igual de grandes, se echaban a rondar por las otras esquinas del campo. Ya éramos bastantes. Mucha gente nueva había decidido engancharse a la aventura: vino la primera vez, se amañó con el sueño de matar el hambre algún día y se quedó trabajando un pedacito de ciénaga. Eramos más de cuarenta y cinco por esos meses.

Aún no nos habíamos mudado para los terrenos de la siembra, sino que seguíamos resignados a los ranchos del pueblo. No podemos decir que mientras nos íbamos a trabajar, las mujeres se quedaban en las casas. Porque las mujeres nunca alcanzaron a quedarse un día entero en las casas. Primero, porque aquellos ranchos no se podían llamar casas; y segundo, porque ellas estaban siempre al pie de uno, machete en mano si era necesario, listas a trabajar y a sudar, andaban en patrulla a la par que los hombres, cocinaban, traían y llevaban la comida, iban a Cereté por la manteca, el café y el azúcar, y encaraban sin miedo a policías y maquinistas para explicarles las dos cosas que nos cansamos de explicarles: que ellos eran pueblo como uno, sangre de la pobresía, campesinos limpios y pelados, y que esas tierras no eran de nadie sino ciénagas de la Nación. Las mujeres. No es que ellas hayan participado en la lucha de uno. Todas estas correderas y aprietos que le contamos, son la historia de hombres y mujeres de par a par. Y tenga claro que cuando decimos que nosotros tal y tal cosa, no nos referimos a los hombres de Chuchurubí; hablamos de Nosotros los de Chuchurubí: hombres, mujeres, viejos, muchachos, todo el mundo.

A fin de cuentas resolvimos parar el primer rancho en los sembrados. Y no por

nada, sino porque ya no nos dejaba estar tranquilos la amenaza de que nos iban a meter la mozada en la noche a hacer el oficio de las máquinas con machetes y candela. Había que tener a alguien en las siembras, pajareando en la oscuridad, para que siquiera pudiera correr a avisarnos los peligros.

Y se paró la primera casa. Pero más tardó en pararse que los mozos del señor de al lado presentarse una tarde con la policía, tirarla al suelo con machetes y hachas, quitarnos nuestras propias rulas y mochar los postes recién clavados. Nada. Al otro día volvimos a levantar una segunda: un caney grande para apenas coger la sombra en los ratos de descanso. Tampoco duró mucho. La tiraron al suelo, a esa, y a cinco más que paramos apartadas la una de la otra.

Todos estos desastres nos encaminaron como las cuentas de un rosario hacia una nueva cruz. Quién iba a pensar que quince días después, a mitades de julio, iba a haber veinticinco de nosotros en la cárcel, acusados quién sabe de qué delito inventado. Pero así sucedió.

Un buen día nos sorprendió una comisión en el trabajo y alzó con siete de nosotros para Cereté engañados con la mentira de que el juez los mandaba a buscar para que hicieran unas declaraciones. Nos cansamos de esperarlos esa noche a la

entrada del camino pero no volvieron, ni al otro día, ni al otro tampoco. Hasta que nos enteramos de que los tenían presos por robatierras. Poquito después cargaron con diecisiete más que tampoco volvieron. Pero el día que se llevaron estos últimos nos volvió a visitar la máquina como para acabar de rematar. Arrasó la cosecha que habíamos vuelto a parar, y detrás de ella, la comisión y los mozos con mechones encendidos a pleno sol, metiéndole candela a cuanta cosa había para meterle: ardieron las palmas de los ranchos, las cañas de las paredes, las trojas del pajareo, las barbacoas del asoleo, y destaponaron los pilones, hendieron las bancas, desentijeron las camas, añuñeron las ollas, descuajaron los postes, desmoronaron los vindes, destrizaron las ropas, pisotearon los sombreros y rajaron las totumas. Las casas que habíamos vuelto a parar con tanta ilusión, quedaron hechas unas pilas de ceniza embetunada con el agua derramada y el cagajón de sus caballos. Y a nosotros, la tristeza que nos comía a pellizcos que ya casi no podíamos aguantar, pero nos aguantaron. Masticamos la rabia y la guardamos en el estómago para que al menos nos sirviera de alimento. Poco a poco el alma se nos fue enfriando hasta que volvimos a ver el mundo en sus colores.

Pasados unos días, dejaron salir los últimos diecisiete presos. A los otros siete

les pusieron condiciones. Para poder soltarlos tenían que someterse a firmar un papel en el que prometían no volver a meterse en tierra ajena; pero ellos prefirieron el calabozo a dar una firma que ni siquiera sabían garabatear. A lo último, sin embargo, los largaron con malas maneras y les hicieron pagar una multa de cincuenta pesos en la Caja Agraria. ¿Y sabe qué? De todas formas tuvieron que firmar el papel. Sí. Los obligaron cuando ya estaban en la puerta de la cárcel y habían respirado de nuevo el olor de la libertad.

Una vez todo el personal estuvo afuera, los cuarenta y seis que seguíamos luchando, empezamos a levantar una siembra de segunda por septiembre. Así se nos pasaron volando y sin darnos cuenta, octubre, noviembre y diciembre. Y, carajo, señor ministro, algún día tenía que suceder, ¡dígame!: esa cosecha de segunda se recogió completa, sin que faltara un solo grano. Aquello fue la gloria, por primera vez en la vida comida levantada en tierra propia.

Para lo que nos habían fregado, lo que nos molestaron por aquellos meses fue nada: las comisiones siguieron presentándose, discutían con nosotros, nos gritaban las mismas cosas, les respondíamos lo mismo, y se iban. Pero eso sí: nunca dejaron de venir.

Con todo y eso, cuando la cosecha estaba avanzada, el dueño de las tierras de al lado se inventó una nueva máquina con patas: el ganado. Cuando vio que el arroz y el maíz se empezaron a estirar, y que volvíamos a sonreír con miedo, desengrapó los alambres de la cerca y se empeñó en echar todos los días los animales de sus tierras a que pastaran en nuestras siembras. No nos desesperamos, lo que hicimos para responder a esa nueva arbitrariedad fue que armamos una guardia que espantara el ganado y lo echara a comer en sus propios pastos.

La cosecha se recogió por enero y febrero que era lo importante. La recogimos con calma, sin demasiados apuros, aunque sabíamos que nos estábamos exponiendo a que de un momento a otro llegaron a quemarnos los paños, a tumbarnos las casas y a desbaratarnos la alegría. Imagínese, uno desamparado, sin autoridad a quién acudir, sin a quién ir a ponerle las quejas de lo que se sospecha que puede pasar porque ya ha pasado. Pero en fin: nos fuimos acostumbrando a pensar en que la autoridad solo tiene que ver con uno pobre, para asuntos de seguirlo manteniendo así, pobre. Cosas de la vida, ¿la vida?

Y bueno, vamos ya por marzo, mes que quema.



*"...Así están las cosas señor ministro. Usted camina ahora por los rumbos de Chuchurubí y oye una tristeza que zumba por las calles. Los recuerdos de todo lo que ha pasado van como cobrando cuerpo cada día y como haciéndose a su carne y a su hueso. No es mentira. No se sabe si son imaginaciones de la gente, o es que en verdad los recuerdos recorren los pasos, no se sabe; el caso es que el que anda por allí cerca oye clarito el repiqueteo de las rulas en el monte a la medianoche. Decimos nosotros que tal vez y pueden ser los espíritus de esa esperanza que no cuajó. Porque hasta los sueños los machacó la ilusión perdida, desbaratada. Quemada, como las palmas de los ranchos..."*

Esta historia de la quema da risa. De verdad. Pensar que a algunas personas la inteligencia y los estudios les da para tanto embolate del pobre, da risa. Fíjese:

Recogida la cosecha, el entusiasmo se transformó en ánimo para el desmonte. Llegamos a tumbar por esos días un total de ciento cincuenta hectáreas de tupido, pura ciénaga. Todo quedó listo, planito, y la tierra como motilada a ras de suelo. Se llegó entonces el momento de ir al INDERENA a pedir el permiso para la quema de las pajas. En las oficinas del INDERENA entregan una boleta que lo autoriza a uno a meterle candela a los rastros; ellos mismos se encargan de avisar a los colindantes para que abran guardafuegos y pongan gente a cuidar las orillas. Así custodiadas, las pajas no corren el peligro de que se les entre la candela ajena.

Pero, claro, el INDERENA nos negó el permiso. Que teníamos que ir al INCORA, nos dijeron, para que allá nos dieran una constancia de que esas tierras eran de la Nación. El Procurador Agrario nos dio el permiso pero de nada valía, se nos dijo también, si no nos presentábamos donde el alcalde. Era él quien tenía que citar a los colindantes y avisarles de la quema. Un viernes en horas de oficina nos presentamos donde el alcalde, pero él, para darse tiempo, nos citó nuevamente el lu-

nes. Y el lunes, preciso, volvimos. Nada. El permiso estaba echado para atrás. Como que el alcalde avisó al dueño de las tierras del costado y éste movió sus palancas por los lados de la autorización. Volvimos al INDERENA, luchamos, hablamos, discutimos, hasta que nos dieron un nuevo permiso. ¡Cuánto suplicio para una simple quema! Escogimos dos de nosotros para que fueran a avisar a los colindantes. Un señor que apenas tiene unas cuantas cabuyas de tierra, dijo que ponía un celador a espantar las brazas. Con él no hubo problema. Pero cuando los compañeros se acercaron donde el señor de los terrenos grandes, la policía los agarró por el cuello, los insultó, los culatió y después los mandó a la cárcel hasta por la noche. Nada. Se nos metió el invierno de pronto, y no pudimos quemar.

Cuando ya el aire se enchumbó de lluvia y se presentó mayo con su cara oscura, llegó un buen día otra comisión del INCORA sin que nadie la llamara, y con más promesas. Parecía que esta vez la cosa sí iba a ser cierta. Nos dijeron que ya todo estaba mojonado, que esas tierras eran ciénagas, y que lo único que faltaba para la entrega era la tirada de las cercas y el alambre. Ellos lo iban a traer. Antes de irse, nos prometieron también que en ese mismo mes de mayo, el veintidós, vendrían tempranito, que los

esperáramos. Acabaron de hablar y se fueron.

Esperamos ese veintidós de mayo con paciencia. Ya después de la palabra del INCORA nada nos podían hacer. Nadie se podía meter. Porque el INCORA también es gobierno. Pero qué va: estábamos lejos de la verdad, muy lejos.

Y llegamos, señor ministro, por fin, al bendito veintidós de mayo de mil novecientos setenta y tres: llegamos. Pero para que usted entienda mejor los desastres de esta fecha, vamos a hablar un poco de unos días antes. Mire: nosotros habíamos vuelto a emparapetar los ranchos a como se pudo, porque usted lo sabe que es gobierno, que las promesas del INCORA no se toman a la bulla de los cocos. La esperanza que renació en nuestros corazones volvió a levantar los varazones de las casas. Había que esperar la entrega de los terrenos con todas las de la ley. Es cosa de buenos ciudadanos. Si usted hubiera visto la contentura que nos tragó por esos días, si usted la hubiera visto: se adornaron las casas, se arreglaron los alrededores y se limpiaron los pedazos de cerquita: con todo y que el hambre nos seguía teniendo contra la pared. Pero la esperanza, señor ministro, la esperanza viva es una fuerza que da para todo.

Es día queríamos que el INCORA nos cogiera trabajando. Y así nos levanta-

mos a esperar: en plena función de macaneo y desmonte. Pero el día empezó mal, muy mal. Peor de lo que esperaba: pero no por culpa de nosotros. Nosotros, aunque pasó lo que pasó, no fuimos quienes le echamos ese manto de luto a la fecha del veintidós de mayo. Le juramos que no.

Porque, fíjese:

Andábamos regados trabajando a todo lo ancho de los terrenos, cuando de pronto por la esquinita de monte en la que trabajaban Marcos López y Manuel Urango, aparecieron los dos carabineros montados en sus bestias y soltando sin más ni más las groserías de sus lenguas y el chorrete de sus metralletas: ra-tatá-tatá-tatá-tatá. A Marcos le atravesaron una pierna de lado a lado y a Manuel los bajos de la barriga. Había poca gente por los lados de la plomera. Nosotros, la mayoría, andábamos trabajando alejados de las orillas, pero al oír el retableteo del plomerío en el monte, nos botamos corriendo a ver qué pasaba. Y ya se sabe muy bien lo que sucedió después: que como resultado de todo ese problema largo y viejo, de todas esas provocaciones de años, de toda esa humillación empañolada, apareció muerto uno de los dos carabineros. El otro no se sabe si a pie o a caballo, se fue, y no lo volvimos a ver.



¿Quién mató al carabiniero? Eso es lo que la ley tiene que decir. Nosotros no podemos decírselo a usted, porque para eso hay un proceso andando, lento, pero andando. Y como uno todavía confía en que se haga justicia, queremos dejarle a la ley la libertad de que investigue y diga quién mató al carabiniero del veintidós de mayo.

Después vino lo que vino, pasó lo que pasó. Se lo vamos a contar: nos replegamos hacia los lados de las casas, a esperar. A las dos horas, antes de las diez y media, se presentaron un teniente y dos carabineros más a hacer las averiguaciones y las preguntas.

Nos pusimos a hablar con ellos. Varios de nosotros rompimos el silencio del principio, y explicamos las cosas escudriñando los detalles. Parecía que hubieran venido solo a escuchar lo que teníamos que decir.

Después de que nos dejaron hablar un largo rato, y cuando creyeron que les había llegado su turno de decir lo que habían venido a decir, todos, ellos y nosotros, tuvimos que voltear a mirar para atrás: los pajonales que rodean el pueblo y las ciénagas se reverdecieron en un verde intenso que ardía y que casi encandilaba la vista. Una cadena de policías armados comenzó a caminar hacia noso-



*"...Aquí el hambre es como una goma pegajosa que se planta en la cuna y que después de la muerte sigue aún amarrada a los huesos. Como lo oye: aquí el hambre es tan rica, ancha y fértil como la tierra ajena. Hambre y tierra por estos rumbos son un par de males que siempre han estado bien balanceados aunque mal repartidos. Ambos abundan en cantidades..."*

tros, con paso de combate, medio agachados, y moviéndose a un solo paso como si se tratara de una pared de uniformes y sombreros que caminara por el monte. Cuando ya casi se iban a estrellar contra la gente, se abrieron en tijera al golpe de una voz de mando y nos atenazaron. Los treintaitrés que éramos miramos hacia todos los lados, pero no había un solo hueco entre los cuerpos. Estábamos rodeados en redondo.

Lo primero que hicieron fue quitarnos los machetes. Después, llegaron los insultos con palabras de calibre. Y en seguida, la quemada de las casas, una a una, el descuajamiento de cuanto poste parado había, y el candelazo que envolvió todo lo que servía: viviendas y cosecha. Nos tiraron al suelo tocando tierra de barba a pie para que así pudieran caminar por encima de nosotros como por sobre la yerba. Nos patearon con esas botas de punta que se sienten en los huesos a cada rematazo, y finalmente, escogieron siete de nosotros al granel y los amarraron manos arriba en los travesaños de un camión de jaula.

Al rato cargaron con veinticuatro más, arreados en otro camión como ganado en venta. Toda esa gente fue llevada a Montería. Allí los encerraron en un patio cercado a candela del sol, dos días sin beber ni comer, sin probar buche de agua ni

bocado de comida. Hasta que, maltratados, hambrientos y desollejados como estaban, los trasladaron a la Cárcel Nacional.

Ese mismo día subieron a las mujeres en otra jaula con motor y las fueron soltando graneadas por las carreteras. Ellas regresaron a Chuchurubí como pudieron; con pasajes regalados o atendidas a las caridades de cualquier chofer condolido. El caso es que regresaron, y ahí siguen: vendiéndose de una casa a otra por unos cuantos pesos y un plato de comida, lavando ajeno, planchando, arreando múcuras de agua y cocinando para otros. Todo eso, cuando están de buenas. Con la escasez de trabajo que abunda por estas tierras, lo mejor que pueden hacer es recostarse donde cualquier pariente con corazón a que les regalen sin malas caras la comida y la dormida. Ahí siguen: esperando. Esperando a que el marido salga de la cárcel para empezar a pensar en para dónde coger.

Sí. Son muchas las tragedias ambulantes que ha dejado este caso del veintidós de mayo de mil novecientos setenta y tres, muchas. Fueron muchos los hogares que quedaron en el aire. Y quién sabe qué otro rosario de desventuras le espera a estas mujeres por el simple pecado de querer tener un cuarterón de tierra para comer, quién sabe.

Así están las cosas, señor ministro. Usted camina ahora por los rumbos de Chuchurubí y oye una tristeza que zumba por las calles. Los recuerdos de todo lo que ha pasado van como cobrando cuerpo cada día y como haciéndose a su carne y a su hueso. No es mentira. No se sabe si son imaginaciones de la gente, o es que en verdad los recuerdos recorren los pasos, no se sabe; el caso es que el que anda por allí cerca, oye clarito el repiqueteo de las rulas en el monte a la medianoche. Decimos nosotros que tal vez y pueden ser los espíritus de esa esperanza que no cuajó. Porque hasta los sueños los machacó la ilusión esa perdida, desbaratada. Quemada, como las palmas de los ranchos.

Pero no. No lo permita Dios. No podemos nosotros los de Chuchurubí, dejarnos revolcar por la tristeza y sus antojos. No. Después de que un pueblo se las ha jugado todas completas, pelándole la cara a la muerte inclusive, no puede haber ninguna fuerza humana que le amarre los bríos: Ni el hambre esa que ha parido telarañas rancias en nuestras barrigas, ni los moretones que han pintado nuestros cuerpos a punta de porrazos y culatazos, ni el dolor ese carcomiente de saber que hay doce de nosotros encerrados en la cárcel, ni nada. Nada hará que la conciencia dé un paso atrás. Nuestros pasos se habrán retirado de la tierra, huyéndole

al plomo, a las máquinas y a las vacas del vecino, pero nosotros seguimos ahí, anclados en las ciénagas de la Nación, al menos de espíritu y de corazón.

Vamos a seguir, señor ministro: moviendo los abogados para sacar a los encarcelados, hasta que salgan; insistiendo ante el INCORA que esas tierras son nuestras, hasta que nos las entreguen; contando la historia de nuestras desventuras, hasta que todos los campesinos de Colombia se la sepan de memoria; uniéndonos y organizándonos hasta que seamos todos uno, como una roca; vamos a seguir, se lo aseguramos. Porque la lucha, y los sacrificios, y las privaciones, y los atrancos que hemos pasado, no se pueden desperdiciar porque a otros les dé la gana.

¡Nosotros no podemos salirle con un chorro de baba a las ilusiones, porque qué tal!

Reciba, señor ministro, un cordial saludo de,

Nosotros, los de Chuchurubí.

Montería, enero de 1974

Barranquilla, noviembre de 1974

ARROYON

—Yo me atrevo a contarle a usted la historia de las tierras de Arroyón y a hablarle de la muerte de Ismael Vertel, pero cierre esa puerta. No le hace que quedemos a oscuras en pleno día, para eso tengo aquí un mechón de gas. Espere un momento, todavía no. No le ponga la tranca.

El hombre salió a la plaza y gritó con voz apagada:

—Psss, muchachos. Echen ojo. Si se aparecen y caminan para acá, cántense un vallenato de Durán —y volvió a entrar hablando.

—Hay que estar alertas. Usted sabe los pies de plomo que tiene que cargarse uno aquí para hablar. Hay que tenerle miedo a las paredes. Bueno —dijo, cambiando de tono—: présteme sus fósforos para encender la mecha.

Un crudo olor a gas inundó la habitación oscura y el calor penetró más reciamente los cuerpos hasta hacerlos empapar las camisas. Los fillos de luz se filtraban por entre las unión de las tablas; y afuera, el vientecillo débil de los mediodías de verano rasguñaba el copete de las palmas. Las risas de los muchachos que jugaban en la plaza llegaban hasta ellos entrecortadas.

—No se apure. Poco a poco se irá acostumbrando al calor de este encierro. Venga, quítese la camisa y recuéstese en esta hamaca; con todo y que usted es pesado lo resiste. Aquí tiene este taburete para que coloque la grabadora. ¿Está andando? Yo me siento de este lado, junto al micrófono. ¿Está bien aquí? ¡Aló, aló aló! ¿Graba mi voz? ¡Aló! Bueno.

“...Para todo lo que sirve esta iglesia vieja. En vista de que hace siglos que un cura no viene por aquí, y de que nadie la usaba para nada, yo me traje mi hamaca y mi baúl para acá. Aquí vivo. Y es que, bueno, esto en verdad no es una iglesia; es un ranchito, como lo ve. En un tiempo se dijo misa en él y la gente empezó la iglesia, la iglesia, y se quedó La Iglesia. En realidad es una casa que se quedó sin dueños porque los que la habitaban se fueron huyéndole a la violencia...”

El hombre corrió el taburete hasta quedar casi pegado a la grabadora y siguió hablando pausadamente:

“...Vamos a ubicarnos. Este pueblo de Arroyón es un caserío de sesenta familias que viven en dos hileras de ranchos levantados en las costillas de un camino y casi empujados contra las cercas de sus patios chatos; casas y patios como acordeón recogida para poder dar paso a una calle arenosa que lo atraviesa y sigue otra vez allá adelante como camino. Casi puede decirse que el pueblo es un pulmón comprimido que se asfixia por la fuerza de las alambradas de las haciendas inmensas que lo rodean de pe a pa. Eso es Arroyón. Un pueblo nacido al pie de la montaña espesa. El nombre le viene del arroyo grande y fresco que pasa por debajo del puente desgualetado ese que usted cruzó antes de meterse al pueblo. La pobreza zumba por aquí un poquito más fuerte que la violencia, y de lo único que nos podemos vanagloriar es de tener vecinos ricos, millonarios, que no se compran ni con los fondos de los bancos. Eso es Arroyón. Y es, por encima de todo, un pueblo que ganó en su lucha por la tierra y al que le asesinaron por la espalda, y como a un perro, a Ismael Verdel, un hombre de raza mandaca...”

De pronto, el hombre dejó de hablar y paró el oído mirando al vacío. Las voces de los niños en coro, cantaron en la plaza sin suspender las risas ni el correteo:

“...Ahí viene la perra...  
es una perra tan brava...”

—¡La policía! —dijo el hombre—. Qué-dese quieto ahí. Si llegan hasta acá, diga que usted es de la Reforma Agraria y que vino a inspeccionar estas tierras, las de la invasión.

El silencio que se hizo enmarcó en la plaza un ruido de cascos de caballo que pasaban al trotcito. Poco a poco se fueron perdiendo en la bulla de los muchachos. Cuando ya no se sintieron más, el coro volvió a cantar:

“...el dueño dándole palo,  
y la perra, dándole diente...”.

—¿Se fija? Después de que pasó lo que pasó, todos los días a estas horas nos mandan dos policías para que paseen sus escopetas por nuestras narices y vigilen los movimientos del pueblo. Así vive uno nervioso. Apenas mandan dos, pero allá en la casa de la hacienda los tienen por montones. Este nerviosismo de verse sitiado a toda hora es lo que hace que uno tiemble cuando habla de cosas que todo el mundo sabe. De cosas como las que le estoy contando a usted ahora.

“...Para venir a Arroyón ya ve usted por todas las que hay que pasar. Parece que aquí se hubiera cometido un crimen grande, escandaloso. Y no hay tal. Me imagino que cuando usted se acercó allá en Planeta Rica al bus que viene para

acá, le echaron el ojo encima. Lo chequearon. Y usted no es más que un periodista, que viene a que uno le cuente las cosas. Y trae sus papeles y está en su trabajo.

Para venir de Planeta Rica acá, hay que agarrar a la una de la tarde ‘La Lora’, ese bus medio llagoso en el que usted llegó. Le dicen así porque camina como loro quemado en afrecho, a veinte por hora, y chilla como llorando cuando sube las lomas. Para andar las cinco leguas que hay hasta Planeta Rica se echa medio día. Sale a la una y llega a las seis, ya casi de noche; duerme aquí y sale al otro día madrugado. De ahí en fuera no hay comunicación con las otras partes del mundo. Arroyón es un pueblo en el que nadie puede enfermarse la víspera. Uno tiene que hacer fuerza para agravarse una hora antes de la salida del bus. Súmele a ese inconveniente, el hambre, la pobreza, la falta de tierras, de escuela, de médico y de ilusiones, y le da el Arroyón que era este pueblo antes de que nos organizáramos y nos metiéramos casi que por las malas a quitarle a un rico de por aquí unas cuantas hectáreas de sus tierras ociosas y chupadas de rastrojo.

De eso no hace ni tanto. Quién creyera que hace apenas dos años este caserío caminaba cabezagacha y con la dignidad por los tobillos. Nadie tenía una cuarta

de tierra para enterrar un vástago de yuca. Nadie. Y de pronto, suáss, como que se prendió la mecha de la conciencia y chamuscó ese saco de pólvora mojada, dormida, que todos llevamos dentro sin darnos cuenta. Y se estalló, ordenadamente.

Vivíamos a la buena de Dios. Cercados y estripados por fincas que rastreaban el horizonte mismo, que se perdían de lo grandes en lo azulito de la curva del cielo: **Mundo Nuevo, Vijagual, El Caldero, La Estrella.** Arroyón era el gancho que enganchaba todas las palas de un abanico de haciendas que se abrían como la cola marañosa y moteada de un pavorreal. Las haciendas tenían derecho a crecer, a transformarse, pero cuando el pueblo trataba de abrir su pecho para respirar, se chuzaba con los alambres de sus pajas. Se vivía encerrado a campo abierto. Para cualquiera, que se ganara una lotería sin comprarla, era imposible conseguir un callito de tierra antes de caminar tres días con sus noches, por lo menos. Porque para no tropezar la vista con algo ajeno, uno aquí tenía que mirar parriba, derecho al cielo.

Todo este pueblo arrapastroso, hambriento y enfermo, trabajaba para los dueños de esas fincas montañosas. Aunque usted vea que todos estos rumbos están hechos de tierras planas, lo verde

biche aquello que empieza más allá de unas cuantas pajas limpias y que se ve como una pared motilada, es lo que se llama la **montaña**. Porque aquí, **montaña** no es un bulto inmenso de tierra en loma, con subidas empinadas, no. Lo que aquí se llama montaña es una meseta vegetal y espesa que empieza de pronto como una pared de palos y hojas, y que no se puede penetrar sino con machete y hacha; y donde abunda tigre, culebra y mono colorado en manadas de a millón. Hay también mucho hombre con decepciones de amores y pleitos de familia que se deja tragar por la **montaña, coralibes** se llaman. Y son gente a quienes la maraña verde les va transmitiendo su savia y sus secretos y su peludencia hasta que se habitúan y resuelven no salir más nunca. Un buen día, cualquier caminante de las espesuras se tropieza con sus huesos por ahí al pie de cualquier cedro. En esas acaban.

Más de la mitad de todas estas fincas que apretujan al pueblo contra el patio del vecino, son eso: pura **montaña**, espesa, desocupada, ociosa. **Montaña** cercada y con títulos de propiedad.

Pero los pedazos de finca calva, llanita, desenmontada, sembrados de yerbas y pastos frescos, no crea, eran en el principio de la historia pura **montaña** también. **Montaña** que cayó al suelo, destronco-



nada por las rulas de los abuelos de quienes hoy habitan las casas de Arroyón. La desbastada de las espesuras de por aquí se debe al hambre de los antepasados de esta gente; de los abuelos que se vendían medio esclavos para poder masticar ca-sabe y endulzar el café. Esa gente se quedó quieta por años, como dormida, trabajando para otros las tierras compuestas por los callos de sus tatarabuelos. Y los dueños de los papeles fueron levantando grandes cosechas, echando ganado a pastar y parando casas con luz eléctrica, acueducto y aterrizaderos de aviones que llegaban los sábados y se iban los domingos madrugados. Porque otra cosa, los dueños de los papeles, para peor, siempre han vivido por partes lejanas del interior de Colombia y desde allá manejan a los administradores por carta y por teléfono.

Y uno aquí, hasta hace dos años trabajando para ellos, sin saber para quién trabajaba, porque solo a los segundones les veíamos las caras en los días de pago. Todo el pueblo en cuadrilla jornaliaba en esas fincas. Sacando madera por contrato de la montaña, tablas por docena y astillas para cerca; aserrando ceiba to-lúa, cedro, caoba, polvillo, aceituno y amarillo. Los que no sabían aserrar trabajaban en la limpia de monte, destronconando, limpiando alambres, abriendo guardafuegos o sembrando como jorna-

leros el maíz y el arroz para otros. A veces algunos se levantaban con el administrador, tras de muchos ruegos un pedacito de tierra enmontada para trabajar. Esa tierra se desenmarañaba, se picaba y se sembraba, y después de cosecha se entregaba limpia y raspada, y se pasaba a hacer lo mismo con otro pedazo. La hacienda misma compraba, a golpe de pesa ingrata, los bastimientos de las cosechas. Y así se seguía: sin ilusiones, sin la esperanza de llegar a ser dueños de la tierra que se pisaba que se trabajaba, que se hacía parir...

Como para que uno se olvidara de chistar, el vicio en el pueblo se había organizado y todo el mundo andaba como encarrilado en él y en sus males. Había gente a quienes los administradores de las fincas les sobaban la mano para que pusieran todas las semanas bailes de picó y acordeón en las enramadas. Para eso traían muchachas putonas de Planeta, Buenavista y Pueblonuevo. Y es sabido que esos bailes y berroches no vienen solos. Porque en los alrededores, como un anillo, se iban abriendo los juegos de dados, de barajas, y las bagatelas. En ellos los hombres se tiraban los ahorros de las cosechas y lo que sobraba se iba en los gallos del verano. A todas estas, las mujeres jóvenes, pelangonas con años mozos y bríos de sus mejores tiempos, se largaban aburridas por la falta de espe-

ranzas. Se iban de sirvientas a los pueblos grandes y volvían al poco tiempo acabadas, señoras y paridas de blanco. Después se metían con cualquiera de aquí que les parara cuatro horcones y un empalmado y les comprara una cama de tijeras y tres pocillos para el café.

Esa es la historia antigua de Arroyón, antes de que la gente se envalentonara a pensar. . .”.

Alguien llamó a la puerta con una cadena de toquecitos esparcidos, como en clave. El hombre dejó de hablar sin alterarse.

—Llegó el café —dijo, y se levantó a abrir. —Apague la grabadora un momento.

—Permiso —dijo una mujer que entraba bañada por la claridad de afuera, aquí están los tintos. Después vuelvo por los pocillos.

—¿No han regresado? —preguntó el hombre.

—No. Están inspeccionando por los lados del puente. No demoran en regresar. Cuando sientan los caballos, paren de hablar. Así es mejor —dijo la mujer y salió cerrando la puerta a sus espaldas.

La iglesia volvió a quedar sumida en la luz amarillosa del mechón. El calor se había condensado. Ya no se sudaba siquiera.

—Pues sí —siguió hablando el hombre—. Vuelva a prender la grabadora, ¿ya? Bueno:

“ . . . En esas se andaba, cuando un buen día se presentó por aquí un señor a quien le decían ‘El gallo de oro’, reuniendo a la gente y hablando a nombre de algo que se llamaba **Usuarios Campesinos**. Empezó explicando qué era eso de la Asociación de los sin tierras y terminó dándole a nuestras conciencias unos jalones de orejas, tan fuertes, que casi se quedan las pobres sin oídos. Se aprendió mucha cosa menuda y grande con ese señor. Por esas fechas nos entró la cosquilla de un reunionismo que poco a poco se fue convirtiendo en una rasquiña incurable. Hasta que de la noche a la mañana terminamos organizándonos en un comité veredal en el que se discutía y se hablaba de todo: de los padecimientos y amarguras de campesinos como nosotros que cargaban la misma cruz por otros rumbos, de muchos pueblos que a mitad de su calvario habían resuelto sacudirse los maderos sin la ayuda de cirineos, y de la unión y el compañerismo que crecían como flores en todos los rincones del mundo. Por esas noches el sueño se le alquiló el pensamiento, sí. La gente no dormía, pensaba;

casi sin atreverse a hablar. Pero cada desvelado sabía que en los horcones vecinos las cabuyas de las hamacas habían chiariado hasta el amanecer.

Hasta que, por fin, se habló, y claro.

Tan claro, que la madrugada del 7 de marzo de 1972 nos sorprendió en los linderos de una tierra ajena que que no queríamos invadir sino recuperar. Eran las tierras de una hacienda de dieciocho mil hectáreas con más de la mitad enmontañada. **Mundo Nuevo** se llamaba; y nos metimos a ella como quien se tapa la nariz y se tira a la aventura a fabricar un nuevo mundo con condimentos tan simples como los ochos que se trazan sobre la yerba con el filo del machete. No hay que negar que cuando hicimos esto cargábamos el peligro a las espaldas. Veníamos advertidos, pero no nos importaba. Las aguas sucias de nuestras conciencias habían ido clareando, como cortadas con alumbre, hasta que al cabo de un tiempo los gusarapos terminaron asentándose en el fondo y quedaron los pensamientos claros y brillantes como agua limpia de arroyo. Ni el miedo a la sangre nos asustaba. La experiencia nos había enseñado que el hambre es más roja y matadora que la sangre. Y bueno: tanta paja y rastrojo perdido en tierra ajena debía servir al menos para alimentar a un pueblo a la bartola y al antojo de las ham-

bres. Seguros de que tanto razonamiento encadenado y tanto rompedero de cabezas en la noche no podía llevarnos de la mano sino a la verdad, nos metidos a la tierra.

Habíamos dicho que no íbamos a tocar ni una hoja. Queríamos solamente sentarnos en la tierra a que se supiera que estaba afectada por colonos para que la Reforma Agraria la comprara. Sí: era la mejor manera de hacerles saber a esas gentes de oficina en dónde la gente andaba en necesidad.

Saliendo del pueblo con rumbo a la montaña, no se camina un cuarto de legua cuando se está ya en un lugar llamado **El Banco de Arroyón**. Ahí nos metimos. En ese bajo perdido en la espesura abunda un rastrojo espeso y enredado como pelo de bruja, y un varital reseco y tostado que de viejo y renegrado traquetea al pisarlo. Por esos lados decidimos que íbamos a desmontar, a parar los ranchos y a sembrar cuando la Reforma Agraria comprara las tierras para darnoslas. Años, muchos años... quizá sus siglos, hacía que esas pobres tierras apretadas no habían parido para nadie ni habían oído el rechinar de un machete bajo el sol.

Los treintiséis hombres que abrazamos la aventura no éramos todos de Arroyón;

**Porvenir y La Manta**, pueblos también de también vino gente de **Buenos Aires**, El esos sin respiraderos por ningún costado. Toda, gente atropellada por las escaseces. Cuando **Arroyón** una mañana se atrevió a mirar de nuevo a la **montaña**, y vio que nuestra decisión iba creciendo, empezó a llegar más gente. Así se apareció el papá de **Ismael Vertel**, a ver qué era la cosa, a aconsejar granos para la siembra y a pedir que le aceptáramos un par de hijos desocupados. De **Ismael** no había ni visos por aquí; por ese entonces se ganaba la vida trabajando la mecánica en un taller de **Montería**, sin sospechar siquiera que vendría a **Arroyón** más tarde a encontrarse con una muerte que no quiso matarlo de frente, sino de lejos, mandada, paga y por la espalda.

Nosotros, fíjese, habíamos nombrado un presidente en nuestro comité de la **montaña**. Y para que vea lo que son las cosas, el tal presidente se vendió a la mayoría misma de la hacienda por mil pesos mensuales. Lo compraron, y él se entregó, manso, como un cordero. No nos desentonamos, al contrario. El corazón se nos volvió entonces como de bejuco y el coraje como de piedra. No íbamos a matar el tigre y a tenerle miedo al cuero. Por eso, cuando a los dos días el administrador se presentó en cuerpo y alma a decirnos que nos fuéramos y que nos informaba que aquellos montes eran pro-

piedad privada, lo pudimos encarar como quien se le planta a un caballo brioso: prevenidos pero sin miedo. Total, al cabo de cruzar una docena de palabras con nosotros, retiró lo dicho y se fue. Regresó a los cuatro días con un zorro grande jalado por un tractor y una carrilera de dieciocho policías encarabinados. Nada. Nosotros dijimos que no salíamos, nos entercamos como burro en sombra. Pero con la maña que ellos se manejan en las ocasiones de los principios, nos fueron encaramando al zorro enrejillado del tractor y nos sacaron por el camino que sube hacia **Arroyón**. Nos fueron graneando a lo largo de la trocha, hasta que bajaron a los últimos en la plaza misma del pueblo. No crea: más demoró el ruido del tractor en perderse allá adelante en el camino, que nosotros estar metidos otra vez en la invasión.

Viendo yo ahora los tiempos a distancia, veo bien que nosotros, carajo, teníamos muchas ganas de la tierra. De otra manera no hubiéramos aguantado todo lo que aguantamos: mosquitos, peligro de culebra, sol caliente y riesgo de bala, de plomo físico. Toda esa ensarta de peligros se tenía que masticar y digerir sin poder trabajar, tragándose las ganas de poner los machetes a parir. Porque el presidente del comité de **Buenos Aires**, a quien ahora le pedíamos los consejos, viendo que el de nosotros se había ven-

dido como Judas, no quería que le tocáramos un pelo a la tierra hasta que la Reforma Agraria no llegara. De ninguna manera la Reforma Agraria se iba a aparecer, seguro. Estaba muy ocupada, pues a todas estas se vivía el mes de marzo y en abril iban a ser las elecciones. Y en vísperas como estábamos de la feria de los votos, los políticos empezaron a sentirse, mandándonos bultos de arroz, bastimentos, tablas de panela y latas de manteca. Era como el aviso adelantado de que estaban esperando nuestros votos. Aprovechamos sus regalos, dígame. De alguna manera había que hacer por comer. Toda esa racha de regalos malintencionados parió grupos de cocina, de despenseros, de jarriadores de agua, de pesca y vigilancia. En el monte hacíamos el desayuno y el almuerzo. A la hora de los conejos nos íbamos al pueblo a comer, a hablar un rato y a guindar las hamacas hasta que amagaba otra vez el día y nos podíamos volver, a esperar, a no hacer nada. Y seguía llegando la gente, de **La Victoria, El Porvenir, La Manta, Maquencal** y el mismo **Arroyón**. Al mes, madre, ya éramos ciento ochenta. Sin hacer nada. Desocupados. Porque el presidente del comité no quería que se empezara a trabajar.

Nadie venía. Nadie nos visitaba. Nadie nos paraba bolas. Nadie. Lo que se dice nadie. Sabíamos que estaban esperando

a que pasaran las elecciones de abril para entrar a darnos garrote. Fíjese que el mismo gobernador en persona llegó un día al caserío de **Buenos Aires** y habló un largo rato con nosotros. Nos dio la razón, nos prometió cosas y repartió siete cajas de machetes. Después nos pidió los votos y se fue.

Llegadas las elecciones se votó por los políticos de las simpatías de cada cual. No vamos a negarlo. Debilidades de esas que padece uno en tiempos de la infancia de la nueva conciencia; errores penosos, de los que uno más tarde se arrepiente y de los que aprende. Después de salir a votar a la cabecera más cercana, nos regresamos sin saber que apenas se cerraran las urnas se iba a abrir para nosotros un como túnel de suplicios:

La policía empezó a hacerse infaltable en sus visitas. Con todo y las arbitrariedades que trae una visita de policía: aporreos, culatazos, golpes, chichones, juetazos, regaños e hijueputazos. Nos amarraban, nos sacaban de las tierras, nos quemaban las ropas, nos decían ladrones, pilemierdas, malparidos, rechupones, sietelechés, y nosotros: para adentro otra vez, como si nada. La policía insistía, no se cansaba. Y nosotros, menos, ¿y adónde? Para qué contar de la sangre que se asomó al pellejo, de los chibolos que crecieron en las cabezas, de

los talones que se doblaron, de los moretones que cuajaron, de las costillas que se desencajaron, para qué contar, ¿para qué?

Todo eso se nos vino encima después de haber confiado en las elecciones y de habernos acurrucado bajo las alas de los políticos como los pollitos de la canción. Todo eso.

Y eso, todo eso, fue lo que hizo que la gente se fuera yendo. Fueron muchos los que sin que nadie los oyera, empaquetaron sus motetes por la noche y se largaron. Poco a poco, uno por uno, contados, en silencio y sin dar aviso. El resto mordía el desgano y lo rumiaba, y después de esa digestión de pensamientos arrumados, se les sentía partir al canto de los gallos. Los que quedaban pensaban bien las cosas y no los culpaban. Porque esos también en secreto, soñaban con irse al otro día. Hasta que quedamos siete. Solamente. A esos se nos amontonó el mosquito en la piel y la responsabilidad en la cabeza. Esos no podíamos salir perdiendo con el rabo entre las patas. Alguien tenía que quedarse. Y nos quedamos.

¿Cómo podían siete soñadores, nos reunimos a pensar un día, luchar sin pelear contra toda una caterva de policías? Amarramos la pregunta a una tertulia de horas y horas y la pusimos a rondar de

boca en boca hasta que, bingo, se nos vino la respuesta. Llegamos a la conclusión de que solo con cacumen e inteligencia podíamos embolatarlos. De esa conclusión salió lo que después hicimos:

Dos frentes de trabajo. Uno a orillas de la cerca, pegado al guardafuegos por donde ellos llegaban todos los días con sus rabias y retobos mañaneros, y otro escondido detrás de los yerbales, monte adentro. Al primero lo llamamos "La Ceba", porque había sido hecho de expreso para que ellos se cebaran. Temprano en la madrugada, todos los días le caímos a ese pedazo como de dos hectáreas y lo trabajábamos según disponen las leyes del trabajo: se limpiaba, se alzaban las trojas para el pajareo y los semilleros, se trasplantaba, se cuidaba con consentimiento para que no fueran a sospechar. Al comenzar la piquiña del sol nos mudábamos al otro frente. montaña adentro, al que sí le trabajábamos en firme y en secreto hasta bien entrado el mediodía. Este segundo frente era una especie de cocorra de cura en la montaña, un claro grande y redondo que limpiamos a ras de suelo como quien le afeita la cabeza a un gallo de pelea. Ahí sembramos con juicio. Los policías como que se pegaban a las hamacas hasta bien entrada la mañana y sólo se levantaban cuando el calor los despertaba. El primer oficio del día era correr a destruirnos los sembra-

dos. Llegaban a 'La Ceba' y al no encontrar a nadie, descargaban en las matas sus rabias y altanerías. Después se iban, no sabiendo que nosotros nos reíamos detrás de la espesura. Así los bandeamos por un tiempo.

Todo lo que se tiene que hacer cuando uno quiere recuperar un pedazo de la tierra que hicieron los abuelos..."

El hombre se quedó quieto. Había sentido unos pasos que caminaban hacia la iglesia. Paró la oreja como queriendo agarrar los ruidos con el oído. La bulla de los muchachos continuaba haciendo estragos en la plaza.

—Es la señora que viene por los pocillos —dijo—. Apague.

Se levantó, abrió la puerta descorriendo la tranca, recogió los pocillos del suelo y se los entregó.

—Nada. ¿No vienen?

—Ya no demoran —dijo la mujer—. Sigán tranquilos. Todo el pueblo sabe ya qué están haciendo ustedes aquí. La voz se ha corrido por encima de las latas de los patios. Los comentarios van y vienen, saltando de casa en casa. Y desde allá, desde la primera calle a la salida vino una proposición que todos aprobaron y

pasaron; y es, que si la policía entra a la iglesia y trata de requisar al señor que está grabando, el pueblo se agolpa en la plaza a defenderlo y a decir que es de la Reforma Agraria. Sigán. No se preocupen, todos estamos pendientes.

El hombre no dijo nada más. Esperó a que la mujer desapareciera para cerrar la puerta y volver a correr la tranca.

El calor seguía quieto, calmado, como dormido sobre la luz del mechón. El hombre hablaba despacio, como en un murmullo, para no despertarlo; los cuerpos tampoco se movían, no fuera y se alborotara en la piel.

—¿Ya? Aló, aló.

"...Todo este lío que le cuento tenía otro lío metido muy adentro en el corazón. En el corazón mismo de la hacienda. Resulta que el dueño de las tierras le había arrendado no se sabe si parte de la hacienda o toda ella, a INDUGAN. Una de esas compañías inmensas de plata oscura, que le había metido a los pastos arrendados más de siete mil cabezas de ganado. Oigame: siete mil cabezas de ganado. Nombrar este número de reses suena a falta de respeto después de hablar de tanta hambre y tanto sufrimiento. Pero así son las cosas. INDUGAN había metido eso, siete mil cabezas de ganado,

en las otras partes de la hacienda, en los potreros de pastos verdes y yerbas finas.

Pues allá a los terrenos nuestros se nos fue a meter un día uno de los funcionarios de INDUGAN, a decirnos que ellos habían arrendado esa finca y que tenían que entregarla conforme los dueños se la habían entregado a ellos: sin la espina de ningún problema enconada en carne viva. Que nos saliéramos, nos pidió, al menos hasta que ellos entregaran...: 'Miren —nos dijo el hombre— conociendo lo que es el sacrificio de ustedes los campesinos, y sabiendo que esto lo hacen por necesidad, nosotros queremos reconocerles algo, por tanto sacrificio. Queremos darles cualquier cosa para que se retiren y nosotros poder entregar esta finca. Después de que entreguemos no nos importa lo que ustedes hagan. Antes les decimos, no la flojen. Métanse y traigan más gente, ustedes no son suficientes. Traigan cuatrocientas, quinientas, mil familias, pero no se la dejen quitar. Pero en estos momentos nosotros, claro, no podemos, porque la compañía INDUGAN es también de millonarios y terratenientes. Y esos tipos pueden mandar aquí cuarenta o cincuenta policías y militarizar esta vaina. Nosotros no queremos eso con ustedes. Esto ya es cuestión acá, de nosotros, los segundones de la compañía, que también estamos jodidos.

Porque la compañía en sí, lo que quiere es que nosotros les pongamos la ley y los echemos de aquí a garrote, culata, palo y a como dé lugar...'

Al menos con esa política llegó el tipo de INDUGAN. Llegó mientras todo los siete juntos trabajábamos en la limpia de monte. "Nosotros no podemos resolver esto aquí —le dijimos para impresionarlo, creo yo ahora—. En esta recuperación de tierras somos como ciento cincuenta. Tenemos que consultar con el resto". Embuste, queríamos era pensar un poco a ver qué hacíamos. Le dijimos también que si querían darnos plata en reconocimiento de nuestro trabajo, les iba a salir caro. Bien caro. Ya llevábamos siete meses trabajando día y noche, y si se cobraba a treinta pesos el día, nada menos, se les podía subir la cuenta. 'No, nosotros no podemos pagar todo eso —dijo el hombre—: pero sin embargo, déjeme averiguar a ver qué se hace', y se fue.

El miércoles se nos presentó al pueblo y nos invitó a una cerveza caliente; a tres de nosotros nada más. Llegó muy amable y aceptó que nos sentáramos al borde del pretil de tierra de la tienda a hablar de varias cosas antes de entrar al tema de frente. De pronto dijo: 'Bueno, miren: yo les voy a dar a ustedes una platica a cada uno y déjense de seguir yendo allá a poner sebo'. Habló en ese tono de indeci-



sión en que habla a veces la gente, que uno no sabe al fin si están diciendo las cosas en serio o mamando gallo. Y se quedó con su sonrisa en la boca, solo. Porque nos pusimos serios, casi hoscos. 'Mire —le dijimos—: en primer lugar, no sea mierda, ¿oyó?; y en segundo, ofende nuestra dignidad. Nosotros no vamos a traicionar a nuestros compañeros, ¿oyó? Respete, no sea atrevido, induganero'. No dijo nada. Fue borrando la sonrisa fingida de la boca hasta que terminó en lo que terminó: pidiéndonos excusas. Eso nos gustó.

Al rato se destapó: 'Bueno, en serio —dijo—. Yo tengo orden de entregarles a ustedes hasta tres mil pesos ya, y en efectivo; eso sí, con tal de que se salgan de la tierra por quince días. Nada más que quince días. Hoy es quince, y nosotros entregamos el treinta de este mes. Después de esa fecha, hagan lo que quieran. Lo que queremos es que no estén adentro el día de la entrega...'

Yo, y todos por igual, nos preguntamos si lo que hicimos ese día fue una debilidad: recibirle la plata a INDUGAN. Porque se la recibimos.

Los tres mil pesos nos estuvieron pican-do todo el domingo en el bolsillo. Sin saber todavía qué hacer, reunimos en la galler-a del pueblo a treintiséis de los com-pañeros que habían estado trabajando en

la invasión y les pusimos la plata sobre la mesa: aquí están, tres mil pesos. La gente sonrió, los tibios se alegraron y todos, sin que faltara nadie, se acercaron a manosear el fajo de billetes. Cuando terminaron, empezamos a discutir qué se hacía con la plata.

Lo primero que pasó fue que la gente se animó. En seguida, se reestructuró el comité; luego, se trazó un plan de trabajo; y después, revivieron las sonrisas viejas, escondidas, perdidas.

Esos tres mil pesos salvaron la situación. Lo que es la plata, ¿verdad? Fíjese: los macheteros de por estos rumbos estaban ganando apenas catorce pesos de jornal. Nosotros regamos la voz de que íbamos a pagar a veinte pesos el día; y el que iba a jornalear y era del comité de usuarios, ganaba jornal y era dueño de la cosecha que levantara. Al que no tenía rula se le compraba. Al que no tenía camisa se le buscaba. Al que no tenía comida se le daba. Eso fue un triunfo; y fue un triunfo porque la gente al día siguiente, lunes, se levantó dispuesta a ir a trabajar. Antes del alba salimos los treintiséis para el campo, cantando por el camino... himnos de los usuarios.

Las fincas grandes de los alrededores estaban todas necesitando trabajadores por esos días pero nadie quiso venderles

el trabajo porque 'Nombre —decían—, ustedes pagan a catorce y los usuarios están pagando a veinte, y además, lo que uno pare allá es de uno...'. Eso hizo que los patrones de por ahí aumentaran a veintidós, pero con todo y eso se les seguía diciendo, 'lo que uno pare allá con los usuarios es de uno, y con ustedes ¿cuándo?'.

Fíjese usted todas las repercusiones que pueden tener tres mil pesos bien usados.

Las haciendas grandes de las cercanías tuvieron que traer macheteros contratados de otros municipios porque de por aquí ya nadie más les quiso trabajar. Ahora, yo no sé, ni quiero pensar, si el burlarnos de INDUGAN como nos burlamos, fue bueno o malo. Yo no quiero decir nada... pero creo que fue bueno...".

El hombre sacó un pañuelo arrugado y sucio, se lo pasó por la frente, la cara y el cuello, como moteando el sudor, y lo volvió a guardar.

"...Bueno —continuó—, el caso es que allá en la montaña logramos parar una casa; un rancho, mejor dicho. Teníamos en mente ir acotejándole con el tiempo sus paredes, ir sembrándole un jardincito en los alrededores y levantar un gallinero y una porqueriza para cuando las necesidades nos atropellaran con más

ahínco. Se volvieron a organizar los grupos de trabajo como la otra vez: gente para la pesca, gente para la hachería, gente para los semilleros, gente para la siembra, gente y más gente moviéndose por entre el monte como hormiguitas pachacas. Cuando apenas los grupos habían empezado a agarrar el ritmo de la nueva vida, llegó lo que tenía que llegar: la policía. Cuando nos vimos las escopetas encima, paticas paqué te tengo, salimos desmanduzados a escondernos entre el monte. Pero hubo gente que no alcanzó a llegar a los matorrales. A esos les cayó la ley encima, los amenazaron, les quitaron las camisas y se las quemaron, les hicieron tragar tierra con miasos, y por último, para que no les dolieran las torturas en el pellejo sino en el alma, los obligaron a derrumbar con sus mismas hachas la casucha que habíamos parado. Y hubo que hacerlo.

Después de esto, la gente siguió trabajando como sin importarle nada lo que había pasado. Sin embargo, los esfuerzos no rindieron los frutos que se esperaban. Todo lo que se logró levantar fueron diez hectáreas de maíz en segunda. Fue que no alcanzamos a sembrar más porque usted sabe que por aquí la segunda tiene su tiempo limitado y hay que suspender la pica y la quema para empezar a ensemillar rápido antes de que todo se estropee por la avaricia de querer recoger más.

El fajón de tiempo, ese comprendido entre la siembra y la recogida, se nos pasó como un visaje. Resolvimos dejar la cosecha creciendo sola a su propio antojo por no poder salir a trabajarla como era debido. Es que con cuatro visitas de policía a la semana, de fijo ¿quién va a poder trabajar tranquilo? Cada machetazo que le metíamos a la maleza era una volteada a mirar para atrás por si se nos venía el enemigo encima. Por eso todos los días nos íbamos bien madrugados en la tempraneada, raspábamos lo que había que raspar y nos desaparecíamos metiéndonos en la montaña espesa a sacar algunos troncos para ir comiendo algo mientras se llegaba la hora de recoger lo sembrado. Así vivimos, ahí a como se pudo, hasta bien entrado el mes de octubre. . .”

Se hizo un silencio. La última palabra del hombre se cortó a ras, como la pared de un precipicio, dejando la frase en el aire. El trote de los caballos apareció de nuevo por los lados del puente sonando huecos. Después se hicieron firmes, secos, como de tambor, cuando los cascos empezaron a golpear la tierra caliente de la calle. Los muchachos cantaron en el berroche de la plaza:

“...cuando yo venía viajando,  
viajaba con mi morena. . .”

—Ya regresan —dijo el hombre, quieto y como susurrando.

El trote disminuyó al llegar a la plaza. El hombre paró la oreja en esa dirección y templó los músculos de las cejas como si quisiera oír con los ojos.

Se alcanzaba a oír claramente la voz de los policías que preguntaban algo a los niños. Los niños respondían a gritos, sin dejar de jugar. Los caballos volvieron a arrancar en un correteo de matraca y el ruido se fue alejando poco a poco. De nuevo se oyó el canto:

“...Cero treintinueve,  
cero treintinueve,  
cero treintinueve,  
se la llevó. . .”

El hombre soltó de un solo golpe todo el aire de los pulmones como si lo hubiera estado conteniendo por un largo rato.

—Sigamos —dijo. Vamos a acabar esto rápido que ya me estoy poniendo nervioso. Aló, aló:

“...Antes del fin de septiembre hubo que trabajar duro por unos días. Había que recoger como se pudiera, mil pesos para mandar dos delegados nuestros a la ‘Marcha Campesina’ que se estaba organizando en todas las ciudades de Colombia. Se trataba de caminar hasta Bogotá a plantearle de viva voz al presidente, todos los problemas de todos los campesinos

del país en todos los lugares. Recogimos los mil pesos, haciendo un esfuerzo que casi nos cuesta una hernia en la barriga: sacando madera de la montaña, aserrándola y saliendo a venderla a **Planeta Rica** y **Montería**. Y se fueron nuestros dos delegados. Pero ya usted sabe lo que pasó con la tal '**Marcha Campesina**': que la fueron desbaratando en todos los cruces de caminos a punta de garrote, cárcel y atropello y total... no llegó a donde tenía que llegar. Aquí se presentaron nuestros delegados al mes, sin un centavo, aporreados por los garrotes de los policías de otros departamentos, y desbaratados por el hambre. Lo que ellos llegaron a contar alimentó más las sospechas que teníamos desde hacía tiempo: que el gobierno se caga de miedo ante los campesinos organizados y que no hace más que hacer lo posible por mantenerlo a uno más jodido de lo que está.

La historia de la marcha acabó con lo que contaron los compañeros.

Para el 24 de octubre de 1972 organizamos un receso de tres días en el trabajo. Ibamos a tener un cursillo. **La Asociación de Usuarios Campesinos** iba a mandar por fin a dos personas de su equipo de educación para que nos ayudaran a ventilar nuestros problemas. Una semana antes desplazamos mensajeros por la zona para que regaran la noticia. Así que

por tres días, y de pronto, **Arroyón** se vio inundado de más hamacas de fuera; ya eran bastantes las que se colgaban de la gente de otros lados que iba viniendo a trabajar en las siembras de la montaña. Es ahí, en ese cursillo, cuando por primera vez se le ve la cara a **Ismael Vertel**, que en paz descanse.

Pero **Ismael Vertel** no había venido a **Arroyón** por el cursillo. Se sabe que la llegada de él en esos días fue casual. Las casualidades también cuentan en las vidas, no crea que no. **Ismael** se había alejado de su pueblo hacía mucho rato. Las cosas que hacen salir a la gente de los montes lo hicieron ir a él: el hambre, la desesperanza y las ilusiones esas que se van secando como yerba de verano. El fue muy de aquí, siempre fue muy de aquí. Desde cuando su papá cuidaba una finca **El Solito** y él de niño lo ayudaba, antes de que toda la familia perdiera su empleo y se mudara a **Arroyón**. Ya aquí en el pueblo, compraron un terrenito frente a la plaza para parar la casa en donde años más tarde le matarían a su hijo. La familia manteaba la vida con el papá como aserrador que era y los hijos que lo ayudaban. Pero de chiquitos nunca gustó de meterlos en los aserríos de la montaña; consideraba que estaban demasiado muchachos para esos trotes. Más bien los mandó a la escuela. Y ahí, en la escuela destartalada de **Arroyón**,

con maestras de esas nombradas por recomendaciones de politiqueros, que iban un día y faltaban tres, Ismael terminó su quinto elemental a los tropezones. Cumplidos los quince años, empezó a aprender el aserrío. Cuando su hermana se casó en **Montería** con un mecánico, él, apenas cumplidos los veinte años, se fue a vivir allá a aprender la mecánica, a aprender a manejar y a emplearse de chofer. Mientras trabajaba en **Montería** acostumbraba venir con frecuencia a **Arroyón**. Y en una de esas venidas se encuentra con que aquí se estaba dictando un cursillo para campesinos.

Ismael Vertel, atraído por el entusiasmo de la otra gente, asiste al cursillo.

Tres días enteros con sus noches estuvimos reunidos dándole un baño como de luz a nuestras conciencias. Puede decirse que nos sentamos durante ese tiempo a estirar la memoria hacia atrás hasta hacerla llegar al día aquel en que por primera vez se hablaron las cosas claras en **Arroyón**. Y desde aquel tiempo medio remoto y medio oscuro, arrancamos a viajar hacia adelante, criticándonos lo malo y escarbando lo bueno. Aquella fue sin duda la mejor parte del cursillo. Fue la mejor manera de aprender, sacándole el jugo a los errores como quien seca un limón a fuerza de exprimirlo, y reconociendo sin miedo que muchas veces nos habíamos equivocado.

Pasados los tres días, la gente desguinó las hamacas y se fue. Pero fueron también muchos los que se quedaron dispuestos a acompañarnos en el trabajo de la tierra; enviaron con otros a sus familias el encargo de que les mandaran la ropa y el machete. Lo demás, la hamaca y las cabuyas, estaba con ellos.

Ismael es uno de los que se va. Decide volver a **Montería** a seguir su oficio de la mecánica y a continuar manejando el carro de plaza que manejaba.

Después del cursillo, **Arroyón** vuelve con toda su gente a darle la cara a la montaña. Había que empezar la pica de monte para la nueva cosecha y de nuevo se volvieron a sentir los madrugones de las caravanas de gente que salía por una punta del pueblo con rumbo a **la montaña**. Antes de que terminara el año, la policía, que había dejado de mostrar sus uniformes por las pajas, volvió a aparecer de pronto y sorprendió a ocho compañeros que macheteaban monte afuera. No sabemos por qué razón, cargó con ellos para **Montería**. Y una buena mañana alguien llegó a **Arroyón** con la noticia de que Ismael Vertel andaba metido en los trajines de abogados y en el lío del corre que corre de los presos. Nunca se había esperado. Todos nosotros sabíamos sin embargo, que aquello se debía al cursillo y a sus efectos. Ismael como que ha caído



*"...Hubo problemas en el Comité Femenino que se formó, problemas hondos. Pero las mujeres con ese sentido de más que tienen, cogían los problemas, los ponían patas-arriba, patasabajo, de costado, los revolbían, como quien revuelve dados en una lata de avena, y los tiraban sobre la mesa... hasta que, dobleséis, se arreglaba todo..."*

en cuenta de que él no es chofer de plaza, ni mecánico, ni monteriano, sino campesino raso de Arroyón, decíamos acá.

Total, salieron los presos e Ismael Ver-tel se aparece de maleta en Arroyón. Y empieza: a moverse sin sosiego por los pueblos y veredas, día a día, noche a noche, madrugado y anohecido, volándose sin tropiezos los desayunos y los almuerzos como quien se brinca una cerca sin problemas, atravesando en seco la montaña para salir a los caseríos más apartados, atizando aquí, animando acá, organizando allá, llamando gente, amasando comités, y diciendo: 'La vida del campesino es la vida de una cucaracha metida en una botella'. ¿De dónde sacó esos bríos Ismael, de dónde le salió ese ánimo de pronto? No sabemos. Eso se lo pregunta la gente todavía a varios meses de su muerte. El saco de pólvora ese mojado que todos cargamos dentro y que si se saca a punta de razonamientos no resiste una chispita. El saco de pólvora, dice la gente cuando se habla de eso.

Pero Ismael no era perfecto, no se va-ya a creer. Era el ánimo ese de estreno lo que lo impulsaba a brincar de un lado a otro como un conejo asustado, lo que lo llevaba a desesperarse y a querer que ya, rastrás, todos los campesinos de Colombia tuvieran tierra y casa y pan y trabajo y dignidad. Pero no se puede. Ismael estaba

estrenando bríos, toda escoba nueva barre bien. Pronto comenzó a cometer errores, lógico. Y los corregía, o se los corregíamos a punta de críticones fuertes, de jalones de orejas en público que él aceptaba sin problemas, y palante:

Nos ayudó a organizar los grupos de **la montaña**, convenció a varios pequeños propietarios vecinos de nuestras tierras de que nos ayudaran, se movió a **Montería** a pelarle la cara al INCORA una vez, dos veces, diez veces, cien veces, y el INCORA nada. Nada concreto.

Hasta que los que encabezábamos los grupos tuvimos que salir corriendo de **Arroyón**. Ismael entonces, con todo y lo novato, tuvo que hacerse cargo de las cosas como estaban. Un día, mientras conversábamos en su casa después del almuerzo, la policía hizo una entrada a deshoras al pueblo y se encaminó adonde estábamos reunidos con él. Llegaron averiguando por nuestros nombres con ánimo, que se notaba, de llevarnos amarrados. Ismael saltó de donde estaba y se escondió detrás de la tinaja de la sala, y nosotros usamos su nombre y los de sus hermanos para protegernos diciendo que trabajábamos la mecánica en un taller de **Montería**. Cuando Ismael salió de su escondite ya sabía que le iba a tocar hacerse cargo de todas las luchas de **Arroyón**. Nosotros tuvimos que salir...”.

De nuevo el hombre paró de hablar en seco. Un ruido de pisadas fuertes de bota rodeó la casa en redondo, y tres golpes secos de mano abierta estremecieron la puerta:

—¡Abran! ¡Abran! ¡Abran! ¡La policía!

Los gritos de los niños en la plaza se acabaron.

—Mierda —dijo el hombre, saltando como un resorte—, deme el **cassette**, quédese quieto en la hamaca, y recuerde que es de la Reforma Agraria —hablaba despacio, y guardaba la calma.

—Ya voy.

Destapó la grabadora, con movimientos rápidos, precisos y mecánicos, extrajo el **cassette**, se agachó frente a uno de los postes del rancho, escarbó la tierra seca del piso, lo colocó en el hueco llano, y con las manos como cuchillas, rastrilló los bordes del hueco hasta que lo cubrió. Se levantó y abrió la puerta.

—Ajá, con que sí: escondiditos aquí, ¿no? —dijo uno de los dos policías recordados contra la claridad brillante de afuera.

—A la orden. Adelante. —dijo el hombre.

Yo seguía tirado en la hamaca, sin camisa. Sudaba frío.

El policía más alto entró a zancadas y se paró en el centro de la casa, el fusil colgado al hombro, las piernas abiertas y los brazos en jarra. Escrutó los rincones con ojos de aguila, sin cambiar de sitio, con movimientos firmes de cabeza. Llamó al otro con un batir de mano. El otro entró y empezó la misma operación, como imitándolo.

—¿Y este señor? —me señaló con el dedo tieso.

—Yo soy funcionario del INCORA —dije, incorporándome lentamente sin abandonar la hamaca. Las pegas chillaron.

—¿Y qué hace aquí encerrado con este calor del carajo?

—Con ese calor hay que encerrarse. Si se dejan las puertas abiertas lo tuesta a uno el resplandor —respondí, tratando de no temblar. Apretaba los dedos de los pies, casi me dolían.

El hombre se había recostado a uno de los horcones.

El policía le metió el ojo a la grabadora sobre el taburete.

—¿Y ese aparato?

—Vamos a grabar unas declaraciones de la gente esta tarde, cuando baje el sol. Es para la entrega de la tierra. Parece que ya se la vamos a dar. Vamos a ver —dije.

El otro policía salió al resplandor de fuera, miró hacia la plaza haciendo visera con la mano sobre las cejas y volvió a entrar.

—Con que se van a salir estos hijueputas flojos robotierras con la suya ¿no? Estamos jodidos en Colombia.

El pueblo zumbaba en el silencio. Apenas los ladridos esparcidos de los perros rompían la quietud en que se había sumido.

—Y si usted vino a hablar con la gente —dijo el policía— ¿qué hace aquí encerrado con ese tipo? —señaló al hombre que seguía recostado, tranquilo, contra el poste, parado sobre la tierra del cassette.

—Hablando paja, mientras la gente llega del trabajo. Ahora por la mañana es imposible reunirlos —respondí. Sentía que ya no iba a poder más. Si aquel hombre no se iba yo iba a empezar a temblar. Sabía que apenas se fuera iba a llorar de los nervios. No aguantaba más.



—¿Y en qué vino?

—En “La Lora”, ayer tarde.

—Ah.

Yo no aguantaba más. Iba a empezar a temblar.

—Bueno, sepa que nosotros estamos por aquí vigilando. Sépalo. Puede seguir aquí pero con las puertas abiertas, nada de encierros peligrosos. Aquí está prohibido hablar a puerta cerrada, ¿entendido?

—Sí señor —respondí.

—Bueno.

Dieron una vuelta en seco, enérgicamente y salieron con rumbo a la plaza.

El hombre volvió a sentarse en el taburete y yo me explayé en la hamaca. Ambos soltamos el aire de un golpe seco, duro, compacto. Nos miramos y sonreímos.

—Vamos a poner el cassette. Hay que acabar esto —dijo el hombre—. No hay más remedio, qué carajo.

—Sí —dije yo, para no contradecirlo. Me llevé la mano al pecho.

—Esta noche me da taquicardia, seguro.

—¿Qué?

—Nada, nada. Sigamos.

El hombre fue al pie del horcón, escarbó la tierra y sacó el cassette empolvado. Lo sacudió en tres golpes por lado y lado contra la palma de la mano.

—Tome, póngalo, ¿es por este lado? Sí.

“... Le voy a referir a usted ahora el cuento de la parte de nuestra lucha que más nos enseñó: ahora le explico por qué. Uno de los compañeros, de nombre Jesús Otero, se empeñó en empezar a estorbar las cosas de pronto. Salió de un momento a otro brincando y hablando, y armando líos: diciendo que él no creía en Usuarios ni en nada porque los Usuarios éramos comunistas. Que con tanto lío en la montaña, lo que se debía hacer era que cada cual fuera cogiendo su pedazo de tierra y lo fuera sembrando a su acomodo; que sacara madera, que parara su casa, que hiciera lo que quisiera. Y que vieran: él iba a poner el ejemplo. Y lo puso. Porque no solo predicó sino que se fue a la montaña, raspó un pedazo maleza adentro y paró una casa, la primera que se levantó por esos lados. La gente lo si-

guió, empezó a mochar horcones, a bajar varazones y a empalmar los ranchos. Arroyón quedó casi solo. Mucha gente se mudó a la montaña con el ánimo de destronconar a como se pudiera y desordenadamente, de sacar madera al butiplén y de venderla sin control en Planeta Rica y Montería. Hasta que llegó lo que tenía que llegar: que la policía y el administrador pusieron el denuncia al INDERENA, diciendo que los campesinos de la invasión lo que estaban era destruyendo los bosques, sacando la madera arbitrariamente, y no cultivando la tierra. Con el denuncia la cosa se frenó un poco. Ismael por su lado trató de combatir el asunto hablando, visitando las casas que se habían parado en el monte, reuniendo a la gente, explicándoles las cosas, hasta que se calmaron un poco y pareció como si de pronto hubieran comenzado a entender. Con la oposición de un grupo que lo trataba de frenar a todo tiro, logró después de tres días de discusiones citar a la gente a una reunión en un claro de la montaña. Asistió más gente de lo que se esperaba. De todas las puntas de monte salieron compañeros de trabajo, y empezó la reunión. Ismael habló a todos los asistentes en una explicación larga y pareja: y les dijo que sí, que sí se podía sacar madera, que sí se podía explotar la tierra, pero organizadamente. ¡No podemos de-



“... Tres días enteros con sus noches estuvimos reunidos dándole un baño como de luz a nuestras conciencias. Puede decirse que nos sentamos durante ese tiempo a estirar la memoria hacia atrás, hasta hacerla llegar al día aquel en que por primera vez se hablaron las cosas claras en ARROYÓN”.

sorganizarnos para ir a caer en el egoísmo, no podemos!, dijo esa tarde. La gente entendió, toda la gente: los ciento ochenta que éramos. Todos. Se decidió entonces que cada comité veredal elegiría dos miembros y que con todos esos miembros elegidos se formaría un Comité General que controlaría la sacada y la venta de la madera. Esa plata se iba a repartir en partes iguales entre todas las familias de la invasión. A esas conclusiones se llegó esa tarde después de tanto alboroto y tanta discusión, pero se llegó. Y se empezó a trabajar así:

Aquello era, ciento ochenta campesinos analfabetos construyendo un país, inventando leyes, eligiendo dirigentes, fabricándose a sí mismos, dibujando su futuro.

Esa reunión de la montaña fue como una madre que parió un mundo de cosas nuevas. Lo primero que salió a la luz fue que nos dimos cuenta de que teníamos que nombrarle nuevas directivas a los comités veredales, y se hace. El primer comité que se reestructuró fue Arroyón e Ismael es nombrado presidente. Así se hizo con todos los demás.

La invasión volvió a florecer y la gente a cobrar ánimo. Sentíamos por aquellos días que la lucha se empezaba a ganar. La

prosperidad y la abundancia como que se querían asomar por fin a las ventanas de nuestros sufrimientos de tantos meses. Y para mejor, ni la policía, ni los políticos, ni el administrador de la hacienda se volvieron a presentar por un tiempo. Como que habían decidido dejarnos en paz. Nosotros, claro, aprovechamos esa paz para terminar de emparapetar los ranchos, para terminar de traer las familias, para sembrar los papayos y los mangos al pie de las casas y para comer tranquilos, por primera vez, después de tanto tiempo. Se sentía que la tierra era de uno aunque las comisiones que iban al INCORA de Montería todas las semanas, volvían con las manos peladas y las esperanzas en los tobillos. Nada. Seguían embolatándonos. Decían que los papeles habían llegado, que los habían devuelto, que la expropiación estaba hecha, que iban a mandar comisiones que no llegaban, y así: nada concreto. Pero nosotros sabíamos que las tierras eran nuestras y se seguía sembrando, con todo lo que traen las siembras: macaneo, pica, quema, desmonte, siembra, limpia, hamaqueo y recogida...”.

—Apague la grabadora un momento —dijo el hombre de pronto.

Se levantó y caminó hacia la puerta como buscando algo. Levantó el brazo e hizo señas a alguien de que viniera. Un

muchachito apareció en la claridad del umbral.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó el hombre.

—Que se metieron por detrás, por la paja de allá. Nosotros estábamos jugando en la plaza, no los vimos —dijo el niño, con cara de susto.

—Y allá en las casas, ¿qué se dice?

—Nada —dijo el niño. La gente sigue pendiente. Dicen que nada le pueden hacer al señor, porque nada malo tiene contar un cuento que todo el mundo sabe. Y que el país es libre, dicen.

—Bueno, ve y avisa que ya estamos terminando.

—Sí, señor —dijo el niño y salió corriendo hacia la plaza.

El hombre se volvió a sentar.

“...Después del primer cuarto de ese año setenta y tres, la abundancia y la prosperidad casi que se tragan a Arroyón. Y el saber que todo aquel mundo de uno y de sus hijos había sido levantado así, macho a macho, peleando a brazo partido contra todo lo que se nos vino en

cima, nos cuajó de orgullo. A pesar de que ya éramos, mire, doscientas cuarenta y tres familias, ocupando más de casi tres mil hectáreas entre limpio y enmontado, ahí todo el mundo se conocía, se reconocía y se ayudaba. Esa fue una de las cosas más bonitas que engendró esa lucha: una especie de amor por todo lo que tuviera cabeza y caminara en dos patas, y pensara. Nada le faltaba a nadie si el vecino lo tenía: ni pan, ni comida, ni consuelo. Ismael en todas partes y a toda hora, se encargaba de atizar ese fogón que a veces como que chispeaba apagándose, pero nada. Lo atizaba y lo atizaba, y la gente reaccionaba. No le voy a decir que no hubo peloterías y peleas, no. Las hubo y grandes. Pero nos acostumbramos a que esos problemas se iban sorteando con maña, hasta que quedaban las cosas como recién hechas, nuevecitas. Hubo problemas en el Comité Femenino que se formó, problemas hondos. Pero las mujeres con ese sentido demás que tienen, cogían los problemas, los ponían patas arriba, patas abajo, de costado, los revolvían, como quien revuelve dados en una lata de avena, y los tiraban sobre la mesa, hasta que dobleséis, se arreglaba todo. Y no crea tampoco que los problemas que trataba este comité eran lo que se llama problemas de mujeres, qué va. Ellas, además de participar en las luchas al igual que uno, par a par, hombro a hombro, se

organizaron en su propio comité que era ante todo un comité de apoyo, y sin el cual, carajo, nos hubiera llevado el diablo. Se lo juro. Ellas se convirtieron en las vigilantes de la moral del pueblo, pero de la moral-moral, no del moralismo ese pendejo de regañar a la gente porque no iba a misa, sino de la moral-moral; de esa que dice que ante todo, hay que amar a todo eso que tenga cabeza, pies y piense. Puede decirse que ellas fueron las que convirtieron a **Arroyón** en lo que se convirtió: en un pueblo de donde la chismo-grafía, el resentimiento y las pendejadas se sacaron como barridos con escoba. Y la gente lo hacía a conciencia, porque sabía que si no se unía con lo que era de ellos, a todos nos podía comer la culebra. Por eso no solo ellas, las mujeres, se organizaron como se organizaron para apagar fuegos malignos, sino que empezaron a inculcarles a los niños en la cabeza los mismos principios. Y se organizó el Comité Infantil: un bloque de todos los niños en grupo, que no hacían más que cantar, armar juegos, estudiar por la noche, y aprender a trabajar, ¡ah!: y cantar vallenatos de Durán cuando alguien del pueblo está en peligro.

En eso se convirtió **Arroyón**: en un pueblo en donde el que venía a visitar a un **Usuario**, tenía que tomarse cuarenta y tres tazas de café, una en cada casa del

pueblo. Con eso le digo todo. Y si esa persona que venía se metía en **la montaña**, a ver los trabajos, allá le esperaban doscientos tintos más por lo menos.

**La montaña**: se le sigue llamando así, pero eso ya del nombre no tiene ni el fero verde que la cubría. Me gustaría tener una escalera grande aquí conmigo, una escalera altísima que llegara al cielo, ¿sabe para qué? Para subirnos usted y yo por ella hasta una nube o hasta el mismo cielo. Desde allá arribota sí podríamos ver bien en lo que se ha convertido aquella **montaña** espesa de que le hablé; ¿sabe cómo se verían las cosas desde allá? No se lo imagina. Mire: se divisaría un manchón verde como de medio mundo, con unas cuantas lomitas bajas; y todo ese manchón salpicado de islas amarillas, puro arroz y ranchos de paja, ranchitos, ranchitos, muchos ranchitos. Amarillo y verde, como un tigre verde con manchas amarillas. Bonito; así se vería **la montaña** desde allá arriba. Dios nos tiene que tener a todos chequiados, y debe saber también, si está allá todavía, que nosotros sí estamos de verdad con El. No, no se ría, que es en serio. Por mi madre que Dios tiene que ser un **Usuario Campesino**.

Bueno, así como le pinto yo a **Arroyón** y a su **montaña** se encontraba esto el veintitrés de noviembre de mil novecien-

tos setenta y tres, cuando mandaron a matar a Ismael Vertel.

Ismael, todos estamos seguros, se convirtió poco a poco en un peligro, ¿para quién? Yo no se, usted debe imaginárselo bien. Un hombre que amarra no solo a un pueblo sino a una comarca entera a una esperanza que se podía tocar de cerca con las manos, tenía que convertirse en un peligro, dígame si no. Se sabe que a él lo venían tratando de cazar desde hacía mucho tiempo. Pero no lo habían podido agarrar. Se movía mucho: visitaba la **montaña**, volvía, se estaba aquí una noche, arrancaba tempranito en 'La Lora' para **Montería** a visitar el INCORA, volvía a la **montaña** a ver las cosas, a apagar los fuegos, a entusiasmar a la gente, volvía a venir, y seguía el son. Hasta que un viernes cualquiera:

Pum, un tiro por la espalda, y lo matan. La casa de su papá, con quien vivía, queda ahí nomás al acabarse la plaza y al empezar el callejón largo que adelante se vuelve camino de la **montaña**. Ahí estaba él esa noche, hablando con unos amigos, recostado a la mesa en donde comían, en el rancho de afuera. Estaba colocado de frente a los amigos, y dándole la espalda a los alambres que cercan el pueblo y que señalan el comienzo de las pajas ajenas. De ahí salió el fogonazo del tiro a las siete de la noche en punto. Cayó frente a

todos; lo que es la vida, abrazando la tierra.

Un tiro de escopeta por la espalda. ¿Y sabé qué había dicho él unos poquitos días antes?: **Más vale morir atravesado por una bala que de rodillas y de hambre: esa es la frase que está escrita a un costado de su tumba...**".

Montería, enero de 1974

Barranquilla - diciembre de 1974.

EL QUEMADO  
DE CORINTO

Una finca de dieciocho mil hectáreas es una finca de dieciocho mil hectáreas: mucha tierra. Y en manos de uno solo, peor. Eso no me lo saca nadie de la cabeza, aunque las leyes digan lo contrario. Que me perdonen, pues, las leyes, pero en estos asuntos mi corazón sabe más que los libros.

“Está visto que las leyes son como los envidiosos: que predicán pero no aplican”. Ese era un decir de mi abuelo, que era un hombre dicharachero. Otro día me dijo: “Mira mijo: nadie solito hace un millón”. Y es la verdad. Para hacer más de un millón de pesos, siempre hay que buscar a otros que trabajen para uno. Y ya el que trabaja para uno está pisado, por debajo. Ahora, imagínese... para conseguir dieciocho mil hectáreas, imagínese.

Además, el gobierno es siempre socio del que tiene, está demostrado. Así que cuando la partida de arrutanados que



abunda más allá de las alambradas de esas fincas grandotas, se alebresta y decide coger tan siquiera una mirringa de tanta tierra, sabe que la pelea es de tigre con burro amarrado: que se empieza perdiendo, como apostándole a la ficha de la muerte en la ruleta. Pero se comienza a luchar y en el camino se acomodan las cargas, hasta que se gana. De todas maneras nosotros los pobres del campo no tenemos nada que perder. La vida, tal vez. ¡Y a veces ni eso! ¡Quién sabe si lo que vivimos es vida!

Una invasión de tierras no se arma a la bulla de los cocos, así por así. Como todo en la vida, tiene su ciencia. Uno ha aprendido a torear las leyes. Y para sacarles bien los trapazos hay que pisar siempre firme y como por sobre cascarietas de huevo. Eso se aprende, de la misma manera como el que nace en el monte aprende a distinguir el toronjil de la yerbabuena, aunque no sepa leer. Pero los dueños de las tierras también son muy sabidos, no crea que no. Y se inventan sus tejemanejes para que uno no les vaya a fastidiar la vida. Por ejemplo:

Los dueños de esa finca de dieciocho mil hectáreas, a la que nosotros los de la Colonia 72 le invadimos las quinientas hectáreas que hoy son nuestras, hicieron sus prevenciones para que uno no encontrara excusa de que no estaban explotan-

do la tierra como era debido: tomaron lo que tenían de montaña y de rastrojo y lo chicotearon para decir que todo lo estaban aprovechando. Metieron un camino por aquí, otro por allá, hicieron estanques llanos y sembraron yerba por pegotes; repartieron los terrenos en bolas de monte, en pelotas, de cuatro, cinco o siete fanegadas. Era su treta. Así su socio, el que hace las leyes, siempre les iba a dar la razón.

Eso lo empezaron a hacer en seguida que nos olfatearon garcipleando por esos rumbos con la rasquiña de hacernos por fin a nuestro pedacito de tierra, amontonados en los ramazones sin paredes que levantamos a orillas de la carretera. Uno se deja ver el forro en grupo, y ellos se ponen eléctricos de una vez con el desmonte. A veces nos tienen más terror que el gobierno mismo; como que los ponemos a marchar. Digo yo a veces que al presentirnos les pica la conciencia. Ellos saben que uno no invade por simple ventolera, que uno tiene sus razones, sus esperanzas, y media docena de muchachos con lombrices. Pero y bueno, ¿qué más razón que la de que una sola alma tenga dieciocho mil hectáreas y que nosotros, que éramos setenta y cinco, no tuviéramos ni media para sortiarla entre todos? ¿Ah? ¿Qué más razón? Dieciocho mil hectáreas, como le digo: mucha tierra.

**Corinto**, esa finca que invadimos, no tiene menos de ocho leguas de tierra por un costado, largo a largo, unos cuarenta kilómetros. Todo eso para alimentar a una solita familia; yo no sé qué comerán. Mire, le digo: esa finca va a colindar allá con **El Grillo**, pasa por **Buenavista** y va cogiendo **Tierrasanta** que está abajo, junto al río **San Jorge**. De ahí sale y cruza la carretera a **Ayapel** hasta que arrecuesta en los cerros que se ven allá contra la unión de cielo y mundo, ¿los ve? Bueno: eso no se camina ni en tres días. ¿Y dígame si arrancarle quinientas hectáreas a un fincón de ese porte que llega, como usted lo ve hasta el fin del mundo, no es como arrancarle un pelo a un gato? Yo creo que esa gente no tenía razones para armar el alboroto ese que armó, ni razón de irle a avisar al gobierno, ni razón de nada. Máximo cuando ellos tenían tanto de tanto mientras nosotros no éramos más que setenta pobres atropellados por la falta de tierra y por la falta de todo.

Para la invasión vino gente de muchos lados, de **Montelíbano**, de **La Apartada**, de **Sahagún**, de **Planeta** y de muchas otras veredas. Todos estábamos preparados desde allá, cada uno a su acomodo, pero lo estábamos. Después, cuando nos juntamos a la orilla de la carretera, en los ranchos de palma de corozo que armamos al pie de las cunetas empestadas, nos acabamos de organizar. Y cuando nos senti-

mos duros y listos, nos metimos a recuperar la tierra. El, **Eduardo Mendoza**, estaba con nosotros. Me imagino lo que él pensaría esa noche, sin saber que con uno de los vecinos de la invasión, a quien no le tocamos ni un solo pelo de su tierra, le iba a pasar la cosa horrible que le pasó:

“...y me he feriado la vida aserrando madera en montañas ajenas. Perdido en la maraña de la sierra de **Canáima**. Llevando y trayendo el serrucho. Oyendo el crujido de los árboles cuando se derrumban solos, ya vencidos por nuestro corte. Y he trabajado duro, pero con todo y eso, he amasado el hambre. Mis amigos son la ceiba tolúa, el cedro, el carrito, el polvillo y el guayacán, y el compañero aserrador que suda callado igual que yo en la otra punta del serrucho. Me he desgastado aserrando postería de encargo y madera contratada. Y los bosques no eran míos, porque como que alguien se ha empeñado en que yo no tenga bosques, ni tierra, ni nada. Ahora que se presenta la oportunidad de hacerme a mi lotecito, no la voy a desperdiciar. Aunque de aserrador me convierta en maicero, o en arrocero, o en sembrador de plátano. Al fin y al cabo en la vida del monte se aprende de todo. Yo también conozco de esas siembras. Dieciocho mil hectáreas, mucha tierra...”

Lo que pensó **Eduardo Mendoza**, haya sido lo que haya sido, estuvo bien pensa-

do. Lo que cavilamos todos estuvo bien cavilado. Después de gastarnos la noche sentados en el terraplén de la carretera, haciendo ondas con piedrecitas en el agua de las cunetas, nos metimos al amanecer. Ya dentro de las pajas, las mujeres se dedicaron a cocinar el bastimento y nosotros a recibir el sol macaniando el rastrojo que nos tapaba de alto. Cuando los sapos quisieron avisar al dueño y al administrador, el desmonte estaba adelantado, y cuando quisieron llegar los policías en sus jeeps, teníamos los ranchos envarados y la palma lista para acotejar. Después se nos vino lo de siempre, que de repetido en tantas partes es hasta historia antigua:

“...compañeros amarrados como puercos gordos. Garrotazos. Politiqueros de por ahí siguiéndole el rastro a los votos como quien persigue un venado. Estudiantes que nos ayudaron a encontrar un abogado que no fuera tramposo, cosa difícil. Rezos al mandamás del INCORA para que él comprara esas tierras y se arreglara después con nosotros. Más aporriados. Muévete pallá, muévete pacá. Amenazas del gobierno y las culebras, los dos con veneno. Más golpeados, jueces, calabozos, y al fin de tantos calvarios, la noticia de que habíamos ganado. Pero ni el gobierno ni el INCORA nos dieron la tierra, esto me lo repito a cada rato para que no se me olvide. Nosotros la ganamos...”.

Del día que amanecimos en tierra propia para adelante, la vida agarró colores para nosotros setenticinco, y las cosas fueron haciéndose a formas que se parecían más a ellas mismas en cada día que pasaba. Eduardo Mendoza no sospechaba ni pío de lo que iba a pasar con los vecinos aquellos, a quienes nunca tocamos ni una sola hoja de sus plantas:

“...ya llevamos un año entero trabajando la tierra que es de uno. No es nada tener la tierra, ¿sino y lo demás? Cuando fuimos a pedir la escuela para nuestros hijos en edad de aprender, nos dijeron que ellos no tenían maestros para enseñar a robatierras. Y la escuela no vino. Entonces, tocó que nosotros la hiciéramos, y la hicimos. Los muchachos van poco a poco aprendiendo las letras y el alfabeto. Dentro de un año habrá gente por aquí que sepa escribir su nombre. Eso esperamos. Mientras tanto, los grandes seguimos trabajando la tierra. Ya hemos levantado una buena cosecha con quemas en julio, cosa que nunca se ve; pero fue que se nos hizo imposible quemar por marzo como es legal, por los ajetreos de tanto pleito y de tanto INCORA. Estamos desperdigados, unos por aquí otros por allá. Al principio quisimos fundar un pueblecito a orillas de la carretera pero cada uno tuvo que irse a atender su pedazo, y nos fuimos abriendo como un abanico. Este año vamos a saborear una cosa muy sabrosa: Navidad en tierra propia...”.

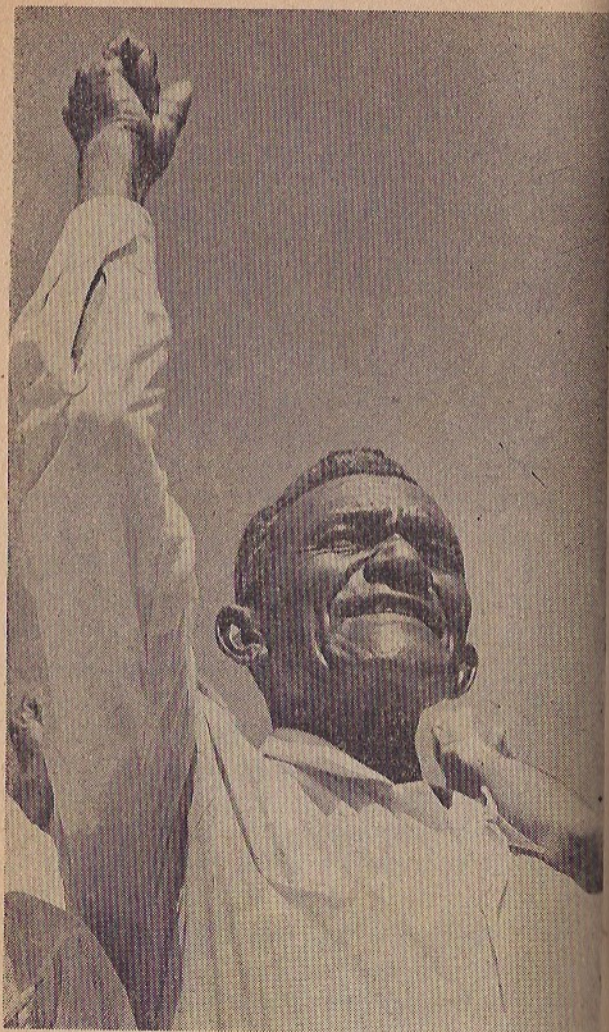
Pero para Eduardo Mendoza, las cosas como que estaban dispuestas a complicarse despuecitos de la Navidad. Para los días de la Semana Santa ya iba a andar el pobre caminando por ahí como loro ardido. El caso de él empezó un mes antes de que lo manosiara la mala suerte. Fue como una advertencia del más allá, quién sabe. Y en ese caso nos vimos todos, setenta y cinco, metidos de cabeza de pronto:

“... Tal vez sería mucho pedir. Tal vez sería mucho pedir que uno no quisiera quedar con vecinos cuando recupera una tierra. Siempre trae problemas el quedar tan cerquita de una gente a la que se le han sacado los derechos de uno del bolsillo, en donde los tenían guardados, negándolos. Porque esa es gente que siempre seguirá odiando al pobre, nada más que porque el pobre también hace por comer. Pero ¿qué se hace? ¿Usted cree que si uno no se avispa y rescata sus derechos a la fuerza, ellos van a venir a entregárselos a las buenas? Pues no. Es que el gobierno en sus papeles y en sus leyes dice que uno debe tener tierras, pero no habla ni una palabra de los que no se la dejan tener. Se queda callado. Quizá porque el gobierno son los mismos ellos, o sus amigos. El caso es que uno invade, recupera una tierra, y ahí queda con el diablo ese a la espalda, atizando...”

Eduardo Mendoza estuvo entre los acusados del robo de los cinco novillos. Me-

Por dicho, él y los setenticuatro más. Porque a todos en lote nos acusaron. Que se habían perdido de la noche a la mañana, salió diciendo el administrador de una de las fincas vecinas a la que no le habíamos invadido nada, ni una cuarta de tierra. Ya estaban planeándose las para armarnos un lío con la autoridad, después de haber estado trabajando un año en paz. Fuimos a la inspección de policía, y después del lleva que te trae ese que duró, recuerdo, asunto de un mes, vino a resultar que todo había sido un tiro culatero: el mismo administrador se había robado los novillos para vendérselos a un matarife amigo suyo. El patrón no dijo nada. Le perdonó la cosa tan rápido que como a la semana andaban de borrón y cuenta nueva. Los novillos aparecieron y los echaron a pastar, que los vimos, con los demás animales. Pero al mes siguiente, por febrero, el mismo administrador de esa finca con la que jamás nos metimos para nada, tuvo que venir a salir con el nuevo cuento: el que causó la tragedia de Eduardo Mendoza:

“... ahora ya no son los novillos; ni tampoco nos señalan a todos setenta y cinco de habernos robado lo que ahora se perdió. Han salido con otra cosa: un radio, una silla y un portamonedas con ciento cincuenta pesos. Todo eso se ha extraviado de la casa misma de la hacienda. Nos acusa el administrador otra vez, yo ni lo



*"...Y se le ha metido en la cabeza que un día de estos lo van a encontrar muerto, redondo como un pollito, pero no ha escarmentado. Dice que si algo pasa y le toca invadir otra vez, no joda, invade..."*

conozco. No recuerdo que nos hayamos visto las caras, ni los otros cuatro tampoco. Porque ahora ha inventado una lista de nombres propios y según voy de primero, como que soy el jefe de la banda, dicen..."

Es que el administrador de esa finca tenía una empuna gratuita contra nosotros. El tenía que sacarse el clavo de alguna manera. En esto de la opresión, esos segundones son de lo peor que hay; son gente que se voltean en contra hasta de su propia madre por los sucios pesos de un mal sueldo. No hay que negar que tanto capataces como soldados y policías son parte de la misma parte de uno, sangre de la pobresía. Pero por culpa de esta vaina en la que vivimos ahogados, y que se llama la vida, como que traicionan sus propios cariños y se vienen en encona contra de uno que no es más que un igual a ellos. Así se nos vino el administrador, a embarajustarnos sin son ni ton; hasta con invenciones y embusterías, si era el caso.

Eduardo Mendoza estaba aserrando un cedro en la montaña cuando ellos llegaron en sus jeeps verdes, uniformados. Porque Eduardo, como muchos de nosotros, aprovechado el tiempo libre que le dejaba su siembra para rebuscarse unos pesos de más, haciendo otros trabajos fuera del terreno. El sabía su oficio y no quería perder la veteranía como aserrador por falta

de ejercicio. Por eso, cuando conseguía encargos, se largaba los sábados madrugado con una zarapa de bastimentos para dos días. El más del tiempo lo dedicaba al pedazo de monte que le había tocado, y lo tenía adelantado y limpio y sembrado, como todos los demás.

Ese día que llegaron, lo primero que hicieron fue sacarnos del trabajo. Nos rebuscaron en el monte como quien persigue una aguja en una maraña de hilo. Nos rodearon a todos en un clarito, manos arriba primero, y después nos dejaron sentar en el suelo. Ahí empezaron a darnos consejos con voz de cura: miren muchachos, aquí entre ustedes, hay elementos raros con ideas chusmeras, no se vayan a dejar embolatar por ellos que son malas personas y no piensan sino en lo malo, y en andarle dando brega a la autoridad, no les paren bolas. Y mil cosas más. Después el jefe de ellos, embotado hasta las rodillas, dijo que si nos quejábamos por falta de médico, él era enfermero, y nos iba a reconocer para que viéramos. Y a todos, uno a uno, nos reconoció y nos formuló en las hojas de un cuaderno de actas que teníamos. Esas recetas se perdieron porque nosotros no le creímos. Pero a todas estas, desconcertados, no sabíamos qué era lo que pasaba. Entonces, cuando preguntamos, haciéndonos los pendejos, nos hablaron del robo. Fue como si nos hubieran echado encima un balde

de agua helada. Sí, porque sabíamos que esos nombres que él nombró leídos de una lista que se sacó del bolsillo, eran de compañeros incapaces de matar una mosca en asuntos de robo. Fue leyéndolos uno por uno, y pidiendo que alzaran la mano. Los últimos cuatro levantaron el brazo y marcaron un paso adelante. Pero el primero, Eduardo Mendoza, no estaba.

“...yo estaba aserrando ese día, domingo. Y no tenía idea de nada. Fue después que supe que a mis compañeros se los habían llevado presos para la casa de la Mayoría, y que allá estaban esperando que yo bajara de la montaña para cazarme como conejo. Que si yo sé eso allá arriba, o me escondo o quién sabe qué cosa rara hago, pero ¿y cómo?”

A él no lo volvimos a ver sino después de que lo quemaron. No alcanzó a llegar a las parcelas.

“...no, no me dejaron llegar. Yo había entregado la postería del encargo y después me había ido a la orilla de la carretera a esperar un bus que me llevara hasta la emboscada de nuestros terrenos. Mi compañero de aserrío para esos días había sido mi yerno, y con él estaba parado a borde de camino cuando vimos venir el jeep verde con ellos, ensombrerados. Había mucha gente esperando transporte. Pararon al lado nuestro y preguntaron

¿Quién es Eduardo Mendoza? ¿Esta aquí? Y yo, uno sin experiencia, y sin presentimientos, y con la conciencia tranquila, dije, yo soy ¿qué se les ofrece? En seguida fueron bajándose y agarrándome, y diciéndome: ajá, conque tú eres el ladroncito hijueputa, ven para acá. Y para el jeep, empujado. Mi yerno, que no quería dejarme solo en ese trance, hizo por subirse también al aparato, pero ellos lo empujaron para afuera y le gritaron: aquí no queremos más hijueputas chusmeros, mejor vaya y avise en su casa que no lo esperen vivo, que preparen el cajón. Y se rieron. A mi yerno se le salieron las lágrimas, parado ahí sin saber cómo encarrilar su aturdimiento. Yo no sabía al fin qué era lo que pasaba. El jeep arrancó y empecé a ver que todo iba mal cuando me quitaron el sombrero concho de aserrar y entraron a golpearme con él en la cara y a escupirme. Esto tiene mal camino, pensé; hasta aquí llegué yo hoy. Lo que son estos tipos me matan...".

Lo bajaron en **La Polonia** y lo metieron a la casa de la Mayoría. Le dijeron que a los otros los tenían presos en **Caucasia**. El patio de esa hacienda es grande, nosotros lo conocemos, es casi un potrero. Ahí lo tiraron en mitad del sol picante y lo levantaron a pata, culata y espuela. Pero decir eso así no suena como lo que es. Hay que ver que lo levanten a uno a puntapiés con las botonas que usan esos

hombres, y que le atropellan las costillas a punta de culatazos hasta desollejarle el pellejo en carne viva, y que le pasen las espuelas carrilozas de abajo para arriba por todo la espinilla y parte del muslo, hasta que le queden a uno las carrileritas de hoyitos con cabecitas de sangre como un rosario rojo; hay que ver eso, para uno empezar a condolerse del principio del suplicio del pobre Eduardo Mendoza.

Porque de todo eso le hicieron. Mientras todos ellos y el administrador y su mozada se reían y gozaban con el sufrimiento ajeno. De los hijueputazos y maldiciones que le echaron, ni hablemos. Eso ante la sangre no vale nada.

"...y me preguntan:

—Vamos a ver, chusmero gran hijueputa, adónde tienes lo que te robaste. ¿Ah? ¿Adónde lo tienes? Habla requete malparido:

—¿Y yo qué les puedo responder?

—¿Qué es lo que yo me he robado?

—¿Ahora qué? ¿Vienes a hacerte el marica que no sabes nada? ¿Y el radio? ¿Y la silla? ¿Y el portamonedas?

—¿Qué radio, qué silla y qué portamonedas?

—¡Ah hijueputa!

Y esa palabra no viene sola. Viene con una cachetada, una punta de bota disparada contra las costillas, y un planazo de rula. Ay...”.

Eso fue el comienzo de lo peor. A menos de un kilómetro del caserón de la hacienda, hay una repesita que, cosa rara, nunca se seca en el verano. A un costado de la represa hay un totumo alto y grueso que se ha desarrollado al estilo de bongá. Ese totumo tiene una rama gruesa como la paleta de un caballo, que resiste hasta varios cuerpos colgados. Al pie de esa represa y de ese totumo se lo llevaron, a trancazos y empujones.

Pero nosotros no sabíamos nada, ni de los unos ni de los otros. Allá en las parcelas de la Colonia nos reunimos por la noche, tristes y asustados, esperando que de un momento a otro llegaran y se llevaran otra corchada de cinco, acusados quién sabe de qué cosa falsa.

Lo único que se nos ocurrió hacer en este caso fue nombrar una comisión de cinco de nosotros que fuera a avisarle a la Asociación de Usuarios Campesinos de Montería. Sabíamos que ellos tampoco, nada podían hacer. A ellos el gobierno también los tiene acoquinados. Pero por Dios que fue lo único que se nos ocurrió,

porque ¿a quién recurre uno en estos casos? Dicen las leyes que al gobierno. No es que no hayamos ido a él por orgullo, no. Sino que es que no vale la pena ir a ponerle a él las quejas de lo que él mismo hace a conciencia.

A Eduardo Mendoza lo llevaron a la orilla de la represa. A hacerle cosas y suplicios de esos que nunca salen en las páginas campesinas de los periódicos.

“...y cuando me arrastran allá a empujones, me dicen:

—A ver hijueputa, ahora sí, dices o te lleva el diablo.

Y yo esperando a ver qué va a pasar conmigo.

—¡Chusma granijueputa!

Y viene otra patada al bofe, ay, y un planazo a la espalda, ay mi madre.

—A ver, tú —le habla a un raso—: tira la cabuya ahí y engánchala de la rama gruesa. Tú, quítale la camisa a este triplegranijueputa. ¡Pecho'e paloma con él!

—Sí, mi cabo...”.

Pecho'e paloma es una posición que ellos usan para guindarlo a uno de un ár-





*"...Uno se deja ver el forro en grupo, y ellos se ponen eléctricos de una vez con el desmonte. A veces nos tienen más terror que el gobierno mismo; como que los ponemos a marchar. Digo yo a veces que al presentirnos les pica la conciencia. Ellos saben que uno no invade por simple ventolera, que uno tiene sus razones, sus esperanzas, y media docena de muchachos con lombrices..."*

bol y torturarlo. Le quitan la camisa al que van a guindar y con ella hacen un rollo como una trenza, se lo pasan por encima de las muñecas en cruz y arriba de ese primer amarrado vienen las vueltas y los nudos de la cabuya. Eso, para que no se le desollegen las manos ni la empuñadura y se pueda aguantar mejor lo que viene en seguida. La amarrada de las muñecas es con las manos atrás.

Después:

"... me dicen:

—Arrodíllate, cabrón.

Y me arrodillo.

—Saca el pecho, palomito inocente, vámos.

Y entonces es cuando él me pone la rodilla en el canal de la espalda, duro, que la siento al otro lado del pecho que se me sale; me pone las manazas en las puntas de los hombros, me aprieta por ahí, y tira para atrás con fuerza mientras mete la rodilla. Craacc aaaaaayyyyyy: los huesos de las clavículas se me brotan forrados de pellejo como dos aletas, como dos tetas filudas media cuarta arriba de las tetillas, aayy mi madre.

—¿Te duele, verdad? hijueputa.

Pero yo no tengo fuerzas ni para hablar, porque siento un hueso atravesado en la garganta. Ay, aaay.

—Parriba con él, dos horas.

—Sí, mi cabo.

El mira su reloj para calcular, y el que me está cuerdiando jala la cabuya a tirones. Siento que voy para arriba guinado por las manos de atrás, y que voy aaay sacando el pecho como una paloma. Ay, carajo, mi pecho, ay, ay, ay. Se me está yendo el mundo de los ojos. Aaaaay... ¿yo qué he hecho?...”

Ahí empezó lo duro. El cabo mandó cortar una varita de totumo, que se la deshojaron bien limpiécita. Ordenó a uno de los rasos que lo levantara a varitazos por la espalda. Así no, carajo, así no, decía, más duro, que chorrié sangre, que chorrié sangre, duro, con fuerza, como un macho. Y el raso dándole, rápido, seco, seguido, parejo. Duro carajo, seguía el cabo, como regañando al raso, más duro que se oiga la gota, que se oiga caer, que se oiga caer la gota. Después de cinco minutos de golpes, la espalda se fue enrojeciendo en vivo, con manchoncitos morados, como carne pasada. La sangre empezó a aparecer con timidez, como si fuera brotando de un desierto; después gotas, pero todavía pegadas al cuero como si se tratara de un sudor rojo. Hasta que las gotas

se hicieron grandes y empezaron a bajar en caminitos enramados. El raso no paró; siguió dándole duro, tieso, seco. Eduardo Mendoza continuaba alzado, con las piernas descolgadas en el aire, el pecho salido, la cara sudando a chorros y la espalda roja de líneas curvas de sangre. Y cayó la primera gota pero no sonó. Y el cabo, que suene la gota, que se oiga caer, carajo, más duro. Hasta que por fin: sonó la gota.

“...dice:

—Bueno, déjenmelo a mí ahora. Canta, hijueputa. ¿Dónde está lo que te robaste?

Y me tira un puño cerrado al estómago. Me saca el aire que no tengo.

—Hijueputa chusmero, quién sabe cuántos cabos como yo has matado.

—Yo no he matado ningún cabo, yo no le he hecho nada a nadie. Yo no he robado nada...”

La primera vez lo tuvieron dos horas colgado. Le metieron palitos por los oídos, le quemaron la cara con colillas de cigarrillo, se turnaron para darle patadas y culata y trompadas y tirarle escupones en la cara. Pobre cara. Cuando se cumplieron las dos horas, el cabo dijo bájenlo, y lo dejaron ir a tomar agua a la represa,

pero tuvo que agacharse, así, de pecho, porque las manos ya no le servían. Ahí tomó agua a lo burro, sorbiendo para arriba. Regresó al totumo y lo volvieron a subir. Entonces fue cuando al cabo se le ocurrió atarantarlo con humo para que a fuerza de lagrimas confesara en dónde tenía lo que se había robado. Luego, mandó a los rasos a que juntaran yerba y hojarasca y la amontonaran debajo de sus pies. Rastrilló un fósforo y lo lanzó a la paja seca. El zarzal no dio espera y ardió en seguida. Al principio el humo lo hizo toser, después.

“...después... yo, mejor que no hable de lo que pasó en seguida, porque se me salen las lágrimas. Eso fue mucho. Que lo cuente otro...”

Yo lo cuento.

El cabo y los rasos no estaban solos. El administrador y su mozada habían venido a sentarse en el suelo, sin meter la cucharada. Pero cuando el zarzal empezó a arder, el administrador se movió de donde estaba para venir a decir, así no, el humito es para las mujeres, aticen el fuego que arda, que lo queme a ver si canta. Y puso a los mozos a buscar más yerba seca por el costado del totumo y a echarla sobre las brasas.

“...en esa posición de pecho'e paloma lo cuelgan a uno con las manos atrás, co-

mo quien le está tomando el peso a una gallina, así.

—Hijo de perra, ¿te vas a dejar quemar por no entregar eso?

Y yo decía que no no tenía nada, que yo no había robado nada.

—Atízale más nojoda, —gritaba el administrador.

Y la candela entró a calentarme las plantas de los pies. Ay, eso fue horrible. La llama me chamuscó y por todas partes empezó a oler como cuando se está despelando un puerco con palmas encendidas.

—Ay, por piedad, no me vayan a quemar vivo, no sean malos, hombre —pero ellos no oían.

Cuando sentí que tenía los pies rajados y que el dolor me subía por el corazón de los huesos hasta la cabeza, se me ocurrió levantar las piernas para atrás. Quedé como arrodillado en el aire. Ya la candela no me alcanzaba, había alejado la carne del fogaje. Y ahí, el que me estaba cuerdiando con la cabuya me dejó venir sobre las llamas otra vez para que me ardiera las rodillas. No tuve más remedio: descolgué los pies y alcancé el suelo con la punta de los dedos, donde estaban las brasas en vivo todavía y patié el fuego, así,

tras tras tras tras, la pila de leña que había, la desbaraté. En seguida corrió uno de ellos, me alzó y dijo:

—Y este hijueputa está desbaratando la candela. Cabrón.

Me alzaron otra vez. Pero ya el cabo volteó a mirar el reloj y dijo:

—Bájlenlo ya. Se cumplió la otra hora.

Me bajaron. Cuando me pusieron sobre el suelo y me desamarraron, me echaron una soga al cuello y me entejuelaron a una mula. Si no caminaba rápido, me arrastraba el animal. Yo no podía caminar. Tenía las piernas ardidadas desde las uñas hasta las rodillas. No podía. El dolor no me dejaba ver las cosas. No podía caminar. Pero me iban a arrastrar con la mula. Iban a hacerlo. Lo iban a hacer. Por eso, tuve que decirles:

—Hombre, aguante, no me arrastren. Yo me paro...”.

Yo no sé cómo pudo Eduardo Mendoza caminar hasta la casa de la hacienda, no sé. Me figuro que se iría deshaciendo del ardor al paso que caminaba jalado por la mula, como quien se va quitando la pena de un muerto de encima. Llegó, con los pies y las rodillas envejecidos y con esas bolsitas de agua sucia y amarillosa



“...Siempre trae problemas el quedar tan cerquita de una gente a la que se le han sacado los derechos de uno del bolsillo, en donde los tenían guardados negándolos. Porque esa es gente que siempre seguirá odiando al pobre, nada más que porque el pobre también hace por comer...”.

que nacen encima de las quemaduras, pero llegó. El pobre Eduardo Mendoza. Lo dejaron en el corredor de la hacienda para que refrescara las quemaduras en el cemento, mientras ellos se entraron a comer.

“...y me llevaron al hospital de ahí cerquita, al de Caucasia. Y me entregan a la enfermera.

—¿Un accidente?

—Un accidente.

—¿El quemao de Corinto?

—El quemao de Corinto.

Me dejan solo. Las cosas se mueven por fuera. Mis compañeros llegan. Me han puesto en una cama, al lado de más enfermos. Se han repartido mis ropas. Han jugado dados sobre mi camisa rota. Yo no he visto a mis compañeros, pero sé que están por fuera, rondando el hospital, sin atreverse a entrar. Me traen un abogado. Yo sin saber cuántos días han pasado desde que estoy aquí. El abogado me lo dice: las cosas se mueven por fuera. Los pies y las rodillas se me desollejan. Me arden. Y el ardor me hace rabiarse día y noche. Me duele y me pica y me hormiguea. Cada día que pasa les cojo más y más y más rabia. Y más rabia. Y más. No

me dejan ver a mis compañeros pero yo sé que las cosas se mueven por fuera. Me soban las piernas con untijos que refrescan solo por un momento. El alivio se va pronto. Y viene más ardor, más picazón. Me he visto los pies: los dedos no son dedos sino palitos con carne. Esto va para largo, yo no sano. Viene otra vez el abogado: las cosas se mueven por fuera. Hasta que me dice:

—Su caso se va a pasar para Montería, así que alístese para ser trasladado al hospital de allá...”

Yo no sé que fue a buscar a la policía la ambulancia en la que trasladaron a Eduardo Mendoza, yo no sé. Pudieron haberlo movido de hospital a hospital. Eso de pararlo en el Comando a mostrarlo como animal de circo fue como ayudar a volverlo medio loco. Porque uno sabe que lo que él hizo no da para avergonzarse. Tomar un pedazo de tierra porque se tiene hambre no es cosa de vergüenza. Pero las leyes están hechas al revés, y uno con todo y que lo sabe, se deja a veces sugestionar. El caso es que a mí se me figura que él se sintió como ladrón exhibido. Y eso no está bien, que lo hagan a uno sentirse ladrón... no siéndolo.

“...y sacaron en la policía el permiso para meterme al hospital. La policía como que tiene que dar la autorización

para que uno viva. Esto no lo sabía yo. Se aprenden cosas nuevas todos los días. Uno va aprendiendo cada día más y más sobre cómo de jodido está. No me explico por qué ando en manos de la policía. Puedo explicarme hasta que lo queman a uno, pero que después de quemado se siga a órdenes de quien ha cometido un delito, no me explico. No me explico nada. No entiendo nada, ¿qué pasa?...”

Noventa días alcanzó a estar Eduardo Mendoza en el hospital de Montería y no sanó. Hasta que se aburrieron de él y de su cara, y de su manera de caminar jalando los pies, y lo echaron para afuera. Llevaba mucho tiempo en el pabellón de caridad, y necesitaban la camilla para otros enfermos.

“...Aquí ha pasado de todo. Al principio el juez venía cada tres días. Y el abogado también. Pero conforme los meses fueron pasando, fueron dejando de venir. Hasta que ya no volvieron...”

El veía pasar los días y las quemaduras no sanaban. Veía pasar los meses y las quemaduras, lo mismo. Todas las cosas, lo mismo. De vez en cuando venía a visitarlo la mujer. Pero no se podía quedar en el hospital ni en Montería. Ellos son muy pobres, como lo somos todos nosotros. Mientras Eduardo se postraba en cama, según iban las cosas, para toda la

vida, ella y sus hijos tenían que ocuparse de buscar la comida por otros lados. Por eso ella venía tan poco. Hasta que faltando un día para la de alta, le pidieron la camilla.

“...estoy lo mismo, pero tengo que irme de aquí. No he sanado, pero necesitan la camilla.

Hace ya casi dos meses, que se presentó uno de los mayores del ejército a decirme que lo sentía mucho, que él no había estado de acuerdo con lo que me hicieron, que él quería que yo le diera una declaración por escrito. Le dije que yo sabía algo de letras, pero no tanto como para escribir todas las cosas que me pasaron. El dijo que entonces, por lo menos se lo contara. Y se lo conté todo, y él escribió. Se llevó la hoja de papel, pero no volvió ni volví a saber de él. Antes de irse me dijo:

—¿Te duele mucho todavía?

—Sí, mucho —le dije.

—¿Saben lo que hizo?

—Toma —me dijo—, y me regaló cincuenta pesos...”

Y ahora ya van nueve meses desde que a Eduardo Mendoza lo colgaron de aquella rama de totumo para quemarlo, acusado

de haberse robado una silla, un radio y un portamonedas con ciento cincuenta pesos, que nunca se robó. Y se van a cumplir dos años desde que todos setenticinco cerramos los ojos al peligro y nos metimos a quitarle quinientas hectáreas a aquellas dieciocho mil, que eran mucha tierra para uno solo.

A Eduardo le pasó lo que le pasó. Y le sigue pasando. Allá vive en la casita en donde vivía, y lo llevan de un lado para otro en un carricoche de rueditas, y le siguen ardiendo las quemaduras vivas aún, y tiene más de seis meses que no le ve la cara a un médico ni a una medicina, y se le ha metido en la cabeza que un día de estos lo van a encontrar muerto, redondo como un pollito, pero no ha escarmentado. Dice que si algo pasa y le toca invadir otra vez, no joda, invade.

Montería, octubre de 1973.

Barranquilla, noviembre de 1974.

## I N D I C E

	Pág.
Nosotros los de Chuchurubí .....	7
Arroyón .....	43
El quemado de Corinto .....	97

Las HISTORIAS DE RACA MANDACA fueron hechas con la sangre, los sufrimientos y las esperanzas de sus protagonistas, recreadas por ellos mismos frente al micrófono de la grabadora del escritor, y finalmente llevadas a la máquina de escribir. Estas historias son reales, y este libro es un testimonio de alguien que las vivió de cerca, paso a paso, y que se manifiesta solidario con las aspiraciones de sus personajes.

rt  
ot  
ti  
va

OTROS TITULOS  
DE AUTORES COLOMBIANOS  
EN ESTA MISMA COLECCION

MUNDO ROTO. — Fernando Soto Aparicio  
FUEGO EN EL ALTAR. — Gonzalo Arango  
LA CASA GRANDE. — Alvaro Cepeda Samudio  
OBRAS DE Gabriel García Márquez  
DEL ARTE LLAMADO EROTICO. — F. Gil Tovar  
LA TARA DEL PAPA. — Gustavo Alvarez Gardeazábal  
CACHACO, PALOMO Y GATO. — David Sánchez Julião  
CONDORES NO ENTIERRAN TODOS LOS DIAS. — G. Alvarez Gardeazábal  
EL ARCA DE NOE. — David Sánchez Julião  
PROCESO A UN ANGEL. — Fernando Soto Aparicio  
SOCIOLOGIA ECONOMICA. — Abel Avila